

EL ALIENTO DEL ALMA DEVOTA VENERABLE PADRE JOSE FRASSINETTI

A MARÍA

**Que es la madre del hermoso amor, del temor santo,
de la sabiduría y de la esperanza**

Tú, ¡oh María!, eres la madre del hermoso amor, porque inspiras en el corazón de tus hijos el amor puro, el amor santo, el amor de la infinita belleza que es Dios; tú la madre de aquel santo temor, con el que tus hijos lo único que temen es no mostrarse bastante puros a los ojos divinos. Tú la madre de aquella ciencia celestial, con la cual su mente resplandece inundada de la luz de Dios, de modo que le conozcan por único y verdadero bien. Tú la madre de aquella dichosa esperanza con que, abandonándose enteramente en las manos del Señor, participan en esta vida de un destello anticipado de la eterna paz. Tú, por tanto, eres la fuente de la devoción cristiana, la cual no es más que ardiente amor celestial, temor tranquilo de ternura filial, viva luz de sabiduría divina y aliento y vida de segura esperanza.

A ti, pues, encomiendo esta obrita, para que contribuya al acrecentamiento de la verdadera devoción. Es indudable que conseguirá este fin, si auxiliáis con vuestras inefables gracias a las almas devotas que la leyeren.

PRÓLOGO

REFLEXIONANDO que muchas almas se hallan imbuidas en el muy peligroso error de creer que es difícil llegar a la santidad, o sea a la perfección cristiana, me sentí como impulsado a escribir este librito procurando desengañarlas.

He dicho que este es un error muy peligroso porque, desalentadas con aquella falsamente supuesta dificultad de lograr la propia santificación, nada hacen para conseguirla, permaneciendo cuando menos en su estado de inercia y flojedad lastimosa, si es que no se precipitan por el derrumbadero de la iniquidad.

Deseo que esta obrita se adapte a la capacidad de todos, porque Dios quiere que todas las almas sean santas; en todas las condiciones, en todos los estados creo que hay algunas menesterosas de alguna luz, o por mejor decir de alguna advertencia y reflexión sobre la facilidad de santificarse; por lo cual he procurado que fuese muy sencilla y propia, aun para las personas menos instruidas, que no puedan leer tratados voluminosos ni entiendan conceptos muy sutiles. La he intitulado ***El Aliento del alma devota***, porque me dirijo a los devotos, y estoy persuadido de que el mejor medio de animarlos a correr por el camino de la perfección es el convencerles de que no es muy difícil conseguirla¹.

1 Al oír que me propongo probar que no es muy difícil alcanzar la perfección cristiana, tal vez sospeche alguno que no he considerado bien aquella sentencia del Salvador, Cap. 7, v 14 de San Mateo; *¡Quam angusta porta est vía quou ducit ad vitam!* ¡Cuán estrecha es la puerta y cuán angosto el camino que conduce a la vida, esto es, al cielo! Pero no, la he considerado bien y he visto que son los enemigos de la Iglesia los que la entienden, en el sentido de que sea demasiado difícil y acaso imposible el entrar por aquella puerta y caminar por aquella senda que lleva al cielo. Yo, por el contrario, la entiendo en sentido católico con San Juan Crisóstomo, y

afirmo que aquella puerta y aquella senda son estrechas, si , para los mundanos carnales que no quieren reprimir sus pasiones; pero de ningún modo para las almas devotas. Es indispensable interpretarla en este sentido, pues de lo contrario habría que convenir, y esto sería una blasfemia, en que tal sentencia se oponía a esta obra del mismo Jesucristo: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Ved lo que dice Maldonado acerca del expresado texto).

Entre tanto, ruego que se note bien mi intento, que no es por cierto el escribir un tratado de perfección cristiana, sino sólo desengañar a los que la consideran muy difícil; y para añadir algún estímulo al deseo de su adquisición, entro a indicar algo de su belleza, en especial dos medios que son de los más necesarios para conseguirla, dejando que en todo lo demás que falta, suplan los excelentes libros que tenemos sobre la materia y la sabia enseñanza de los directores espirituales. Con esta advertencia paréceme que no se reputará por insuficiente mi trabajo ni, como tal, será desaprobado.

CAPÍTULO 1

Exacta idea de la santidad cristiana

*I

Todos los santos convienen en que la santidad cristiana consiste en la caridad, es decir, en el cumplimiento de la voluntad divina, de modo que un alma que la cumpla, es un alma santa y es más santa cuanto mejor la cumpla. No cabe duda en la verdad de esta doctrina, y nunca ha dudado de ella ningún maestro de espíritu. Notad, pues, alma devota, sea cual fuere tú estado o condición, que si procuras cumplir la voluntad de Dios, eres santa, y cuanto más te empeñes en cumplirla con perfección, más santa eres.

*II

LO QUE SE REQUIERE PARA EL CUMPLIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.

¿Pero qué se requiere, preguntas, para cumplir la voluntad de Dios? Nada más y nada menos que observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, la cual nos manda con autoridad divina; si observas bien estos mandamientos, cumples la voluntad de Dios, y esto te hace santa. Esta es la doctrina del angélico doctor Santo Tomás (22,184 al 13).

*III

SE DISTINGUEN DOS CLASES DE SANTIDAD

Deben distinguirse dos clases de santidad: **1º La simple santidad**, que consiste en la posesión de la gracia santificante, y ésta la tienen todas las almas que no están actualmente en pecado mortal. **2º La santidad perfeccionada**, que consiste en la unión perfecta de nuestra voluntad con la de Dios, de modo que el alma aborrezca no solo el pecado mortal sino también el venial advertido, y esté pronta a hacer cuanto claramente conozca que es del mayor agrado del Señor, aun en aquello que no se manda

expresamente (V. S. Tom. 22, 9, 184, al 2)

***IV**
SE DEMUESTRA QUE ES VERDADERAMENTE
SANTA EL ALMA QUE ESTÁ
LIMPIA DE PECADO MORTAL

En primer lugar es verdadera santidad la que tiene el alma cuando está limpia de pecado mortal, aunque se halle manchada con culpas veniales, y esta es verdad de fe, porque el alma que no es rea de pecados mortales tiene la gracia *santificante*, la cual se llama *santificante*, porque santifica y es un don de Dios inherente al alma, que la hace amiga de Dios, hija de Dios, hermana de Jesucristo, heredera del cielo, y por tanto verdaderamente santa. Y aun hay más: mediante esta gracia son santos en la gloria los mismos bienaventurados y hasta María Santísima, de suerte que si perdieran la gracia *santificante*, (lo que es imposible) aun en el cielo dejarían de ser santos. Por lo cual, como enseña Santo Tomás, esta gracia se halla en nosotros como un principio de la gloria que tendremos en la Jerusalén celestial (22 q. 24. 3. ad. 2) y la luz de la gloria con que en el cielo el alma ve claramente a Dios no es más que la misma gracia llegada a su colmo (1.2.q.1.11.3. ad 2). Por consiguiente, el alma que jamás ha cometido culpas mortales contra la ley de Dios o de la Iglesia, o si las ha cometido, se le han perdonado por su arrepentimiento, tiene la verdadera santidad aunque no esté exenta de imperfecciones y de pecados veniales, pues estos no la privan de la gracia santificante.

***V**
SANTIDAD Y LA PERFECCIÓN CRISTIANA

Con todo, aquella santidad es una santidad simple y tiene su bondad intrínseca, sin la perfección que le conviene, como el oro recién salido de las entrañas de la tierra es oro verdadero y precioso, pero está lleno de escoria y no tiene aquel hermoso brillo que después se le da purificándolo. Así es diversa la santidad perfeccionada comúnmente conocida por el nombre de perfección cristiana, la cual consiste no sólo en poseer la gracia santificante, sino además en la unión perfecta de la voluntad del alma con la voluntad de Dios.

Esta santidad perfeccionada es propia de aquellas almas, que despojándose de todo afecto desordenado a las criaturas, viven resueltas a no desagradar a Dios en cosa alguna, y en todo están prontas a hacer cuanto claramente conozcan que le es más grato. Huyen ellas por tanto aun de los pecados veniales, y en aquellas cosas que no están expresamente mandadas ni prohibidas por la ley de Dios o de la Iglesia, siempre se inclinan a lo que les parece más del gusto de su Señor; pero se dice cuando lo conocen claramente, porque en general bien sabemos qué cosas agradan más a Dios en sí mismas, en tanto que muchas veces no acertamos a adivinar cuáles con respecto a nosotros le disgustan o complacen en casos particulares. Se sabe por ejemplo que a Dios agrada la pobreza perfecta, la renuncia de todos los bienes de la tierra, como la hizo San Francisco de Asís, que de todo se despojó, más no se sabe si será del agrado de Dios que tal o cual persona haga semejante renuncia. Asimismo sabemos que le complace el que los cristianos oigan misa todos los días; pero ignoramos si es de su

divina aprobación que tal o cual persona en días de trabajo deje por asistir a ella, ocupaciones urgentes, o el cuidado de la familia, o falte en cierto modo a la caridad abandonando aunque por breve rato a un niño o a un enfermo.

Esto es, lo que debes hacer si quieres ser santa y perfecta a los ojos del Señor, por cuanto es posible serlo en esta vida¹.

1. No hay que esperar en esta vida una perfección absoluta, la cual como enseña San Agustín, se nos ha reservado para el cielo y en este mundo no la ha tenido nadie más que la Santísima Virgen María. Así es que San Bernardo advertía que el continuo empeño de procurar la propia perfección, es aquella perfección que sobre la tierra puede alcanzarse. *Jugis conatus ad perfectionem perfectio reputatur.*

Es necesario cuidarse no sólo de los pecados mortales, sino también de los veniales, estando resuelta a no cometerlos nunca advertidamente por ninguna causa o motivo, y que en todo, en todo, procures hacer siempre lo que te parezca más grato a vuestro Dios y más conforme a sus santísimos designios. De tal manera te veras limpia de todo afecto desordenado a las criaturas, vuestra voluntad se identificará con la voluntad de Dios, y en una palabra, serás santa y perfecta.

Y aquí se ha de notar que consistiendo la santidad perfecta en la unión perfecta de nuestra voluntad con la divina, cifrase la perfecta santidad en el perfecto amor de Dios; puesto que sin duda alguna se cree que dos personas se aman perfectamente, cuando entre ellas existe una perfecta unión de voluntad, formándose entre ambas a manera de un sólo corazón.

Ahora bien, cuando nuestra alma se empeña amorosamente en no querer más que lo que quiere el corazón de su divino Esposo, únese de tal modo con el mismo que casi forma un mismo corazón, y por tanto entre nosotros y Dios hay un verdadero amor y perfección de amor.

***VI**

SE PRUEBA QUE TODOS DEBEMOS ASPIRAR A LA PERFECCIÓN CRISTIANA

Esta santidad perfeccionada es la que sin duda quiere Dios en todos los cristianos; y a la verdad ¿quién se atrevería a decir que el Altísimo nos permite cometer pecados veniales y que le complace el que pospongamos su gusto al nuestro, dejando de hacer lo que claramente conocemos que es de su agrado? Un amo no quiere sufrir de su criado graves injurias, ni tampoco puede llevar en paciencia el que le haga ligeros agravios; quiere un amo que su criado le obedezca en lo que le manda terminantemente; pero también quisiera que cuando llegase a manifestar sus deseos, los cumpliera, y así es que sólo reputa por excelente criado al que forma empeño constante en no proporcionarle advertidamente disgusto alguno, por pequeño que sea, y en un todo procura llenar sus deseos. ¿Y cómo podríamos figurarnos que se contentara con menos el Dios excelso, que es nuestro padre, nuestro creador, y nuestro amo sapientísimo y justísimo? Si, esta santidad es la única que a Dios satisface plenamente y hace al alma perfecta; es la santidad a que os exhorto y que me proponía demostrar que no era muy difícil conseguir.

CAPÍTULO II

No es muy difícil alcanzar la perfecta unión con la divina voluntad

Para lograr la perfecta unión con la divina voluntad se requiere evitar el pecado aun venial, y procurar en las cosas indiferentes por sí mismas, el mayor gusto de Dios, para demostrar que no es muy difícil conseguir esta unión perfecta, es necesario que te demuestre que no hay grave dificultad en ninguna de estas dos cosas.

***I**

SE DISTINGUEN DOS CLASES DE PECADOS VENIALES

Ten presente que entre los pecados veniales, los hay plenamente advertidos, y son aquellos que, como suele decirse, se cometen a sabiendas conociendo claramente que se obra mal en el momento que se cometen; por ejemplo, advierto yo que digo una falsedad para disculparme de algo mal hecho, y entretanto la digo conociendo la malicia de aquella mentira; del mismo modo advierto que aquella conversación mía ofende, aunque levemente, el buen nombre de mi prójimo; y yo conociendo la malicia de la murmuración, no me abstengo de ella. Entre esta clase de pecados veniales y los no bien advertidos, hay diferencia.

Los no bien advertidos son los que se cometen más por fragilidad que por malicia, como ciertas distracciones en la oración, ciertas palabras inútiles, ciertos actos de impaciencia y otras cosas a este tenor, faltas en que se cae sin plena advertencia. Faltas he dicho en las cuales se cae sin advertirlas bien, porque cuando absolutamente no hay advertencia alguna, y por tanto nada de malicia voluntaria, no pueden llamarse pecados veniales, y solo son imperfecciones y debilidades de la naturaleza humana de que no podemos preservarnos, y acerca de las cuales no ha lugar el arrepentimiento, supuesto que, como dice San Agustín, no puede haber pecado donde no hay malicia voluntaria.

***II**

LOS PECADOS VENIALES QUE IMPIDEN LA UNIÓN PERFECTA CON LA DIVINA VOLUNTAD.

Los pecados veniales que impiden la unión perfecta con la divina voluntad y que por lo mismo se oponen a la perfección cristiana, son los plenamente advertidos; es decir, aquellos que, como hemos dicho, se cometen a sabiendas. Los otros pecados veniales en que se incurre sin plena advertencia, no impiden la perfección cristiana, y constituyen una especie de tibieza que San Alfonso llama *inevitable* (Prat, Cap. VII, n. 2) porque de éstos no puede el alma verse libre sin un especial privilegio de Dios, según enseña el Concilio de Trento, y no se sabe que lo haya tenido santo alguno, solamente la Inmaculada Virgen María. Ahora bien, ya que nadie pretenderá que vuestra pureza de conciencia se iguale a la de la augusta Madre de Dios, nadie podrá enseñarte que para alcanzar la perfección cristiana, siempre debes vivir exenta de todos los pecados veniales en que se cae sin entera advertencia. Así, pues, no te hablaré de éstos.

***III**

NO ES MUY DIFÍCIL EVITAR LOS PECADOS VENIALES.

Dios no sólo nos manda absolutamente que evitemos el pecado mortal, sino también el venial; nos prohíbe blasfemar su santo nombre y nos prohíbe nombrarlo en vano. Nos prohíbe jurar sin verdad, y nos prohíbe aun el mentir por chanza. De ninguna manera podemos suponer que la divina bondad haga a sus criaturas prohibiciones muy arduas y muy duras, y les imponga preceptos demasiados difíciles de observar. Los tiranos han dictado a sus súbditos leyes de muy difícil de observar muchas veces: nunca los príncipes buenos; mucho menos los buenos padres a sus hijos. Y nosotros que confesamos que Dios es un soberano excelente, un padre tierno y en extremo amoroso, ¿haríamos a su inefable piedad el gravísimo agravio de suponer que nos impusiera preceptos de muy difícil ejecución, y por consiguiente tiránicos? Luego si no puede suponerse que la divina bondad imponga a sus criaturas preceptos muy difíciles, tampoco es creíble que sea muy difícil de evitar los pecados veniales, pues nos manda no cometerlos.

***IV**

**ES EL PECADO VENIAL PLENAMENTE
ADVERTIDO MÁS FACIL DE EVITARSE QUE EL MORTAL.**

Y en efecto, ¿por qué con el auxilio de la divina gracia no nos abstendremos del pecado venial, del mismo modo que del mortal? Si está en nuestra mano vencer las tentaciones del pecado mortal, que son las más fuertes y violentas, ¿nos será más difícil vencer las de la culpa venial, que son menos impetuosas y menos obstinadas? Resistimos al embate de ciertas pasiones que hacían temblar a los mayores santos, ¿y no resistiremos a la tentación de decir una mentira o de divertirnos o desahogar nuestro mal humor con una murmuración?

De Sansón cuenta la divina Escritura que Dios le había dado fuerza tan prodigiosa, que despedazaba leones cual si fueran corderillos. ¿Y me creerías si te dijera que no podía matar una zorra? Cuando luchamos con fuertes tentaciones que si nos vencieran, nos precipitarían en el pecado mortal, combatimos con terribles leones; pero cuando nuestra pelea es con pequeñas tentaciones de pecado venial, entonces luchamos con zorritas; por lo cual no sólo nos debería ser igualmente fácil con la divina gracia el evitar el pecado venial, del propio modo que el mortal, sino que había de sernos mucho menos difícil no consentir en semejantes tentaciones leves de culpa venial.

***V**

**SE INDICA LA CAUSA POR QUÉ SE CAE
EN EL PECADO VENIAL MÁS
FÁCILMENTE QUE EN EL MORTAL**

¿En qué consiste que con el auxilio de la divina gracia no nos dejamos vencer por las tentaciones del pecado mortal, y pasan meses y años sin que tengamos la desventura de incurrir en él, y al mismo tiempo, por decirlo así, no pasa día en que no sucumbamos a las tentaciones de la culpa venial? La razón es porque el pecado mortal nos estremece si tenemos un poco de fe; espantamos aquel infierno que se abre bajo nuestras plantas, y por tanto con el auxilio divino al momento hacemos frente a la tentación y la vencemos, y he aquí el león sofocado, el león vencido; entre tanto el pecado venial nos parece un mal pequeño, y aquel purgatorio que ha de acabarse nos infunde temor como el calor del verano, al cual sabemos que pronto ha de seguirse la frescura del otoño, por lo cual la tentación del pecado venial no nos asusta como debiera, y cedemos a ella con tanta facilidad.

Esta es la verdadera causa por qué muchas almas cristianas, que se preservan de pecado mortal, pocas veces se ven libres de caídas veniales. Si considerasen seriamente que el pecado, aunque sea venial, es un mal gravísimo porque

es una ofensa hecha a la infinita bondad de todo un Dios, que es un mal tan inmenso que con él no puede cotejarse ningún otro de la tierra; que un solo pecado venial es peor que una peste que acabase con todas las gentes del mundo; peor que un terremoto que arruinara todas las ciudades del universo; peor que aquel diluvio que, en tiempo de Noé, exceptuándose únicamente la familia de este justo, anegó a todos los mortales, y peor que aquel otro diluvio de fuego, que antes del juicio universal reducirá a cenizas todo cuando existe! ¡Si considerasen atentamente que el purgatorio es un terrible castigo de Dios, y tan terrible que mejor fuera padecer por cien años toda clase de tormentos más bien que sufrido por un solo día! Si las almas cristianas se ocuparan en estas consideraciones, cierto es que harían un eficaz propósito de huir del pecado venial del mismo modo que del mortal, y de esta manera luego verían que con el auxilio divino puede evitarse el pecado venial, lo mismo que el mortal.

Persuadámonos que la dificultad no estriba en la flaqueza y fragilidad humana, a la cual suple ventajosamente la gracia del Señor, sino en nuestro libre albedrío. Cayéramos en los más enormes pecados mortales si no quisiésemos evitarlos; y si queremos, en nuestra mano está preservarnos hasta del más leve, entendiéndose que siempre hablo del plenamente advertido.

***VI**

**SE PRUEBA QUE NO ES MUY DIFÍCIL EL
BUSCAR EN LAS COSAS INDIFERENTES
EN MAYOR GESTO DE DIOS.**

Un amo discreto, un tierno padre, no solo se guarda de imponer a su criado o a su hijo preceptos demasiado arduos y difíciles, sino que tampoco quiere que su siervo o su hijo hagan por él cosas que les sean demasiado molestas.

Ahora bien, siendo Dios el amo más discreto, el padre más tierno y amante, ¿no sería injurioso desatino suponer que quiera vernos demasiado angustiados y abrumados en su servicio? Su mayor gusto en las cosas indiferentes no exigirá de nosotros un sacrificio superior a nuestras fuerzas y a nuestro estado, ni una abnegación insoportable. Ofenderíamos a su inefable bondad temiendo que para contentarle fuera menester un esfuerzo, un trabajo o fatiga que en algún modo excediese a nuestras fuerzas, como siempre supongo hablando de ellas, sostenidas por el poderoso auxilio de su gracia.

CAPÍTULO III

**Se desvanecen las objeciones
que suelen aducirse contra las doctrinas antecedentes**

***I**

**LA PRÁCTICA DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS
NO ES NECESARIA PARA LA
PERFECCIÓN CRISTIANA.**

No obstante lo dicho, puedes suponer, alma devota, que para alcanzar la perfección cristiana, o sea la perfecta santidad, aun se requiere mucho más, y acaso ante todo me puedes preguntar que aprecio hago yo de los consejos evangélicos, no habiéndolos ni siquiera nombrado, mientras por otra parte suelen ponerse en primera

línea, siempre que se habla de perfección. ¿Tienes, pues, por necesaria para la perfecta santidad la práctica de los consejos evangélicos? Sí así es, os equivocáis.

Primeramente, como ya os lo decía el ángel de las escuelas Santo Tomás, no reconoce necesario para la perfecta santidad sino el cumplimiento de los preceptos (V.S.Tom. 22. q. 184 al 3.); y su autoridad, que es de tanto peso, debiera bastarte; pero además quiero convencerte con razones evidentes. Los consejos evangélicos son tres: pobreza, obediencia y castidad perfecta. Ahora bien, si fuese cierto que la práctica de estos consejos se requiriera para conseguir la santidad, casi me aventuraría a decir que sólo los frailes y las monjas podrían aspirar a ella; y estarían imposibilitados para alcanzarla todos los casados, todos los que no viven de limosna o no renuncian a cuanto poseen, y no se someten al arbitrio de ajena voluntad, desprendiéndose enteramente y para siempre de la suya. Seguirías de aquí, que Dios no quiere que todos sean santos, aunque muchas veces insiste que sí, en la sagrada Escritura, pues no cabe duda en que no quiere que todos observen sus consejos evangélicos.

Requiere el orden de su Providencia que haya ricos y pobres, y no desapruueba que muchos vivan sin sujeción a voluntad ajena, aunque le sea sumamente grato que algunos otros renuncien a su propia voluntad para ponerse con heroica abnegación bajo el imperio de la de sus superiores. Lo que indudablemente quiere es que todos se santifiquen en su estado. Por tanto es un verdadero error el juzgar que es necesaria a todos la práctica de los consejos evangélicos para alcanzar la santidad.

*II

PARA CONSEGUIR LA PERFECCIÓN CRISTIANA NO SE REQUIEREN EXTRAORDINARIOS DONES DE GRACIA.

Habiendo leído tantas maravillas en las vidas de los santos, sin duda, alma devota, te causará extrañeza que yo reduzca la santidad a una cosa tan sencilla como es el evitar el pecado aun venial, plenamente advertido, y el procurar en lo indiferente, esto es, en lo que no está ni mandado, ni prohibido, el mayor gusto del Señor; cuando por otra parte te has formado la idea de que la santidad suele ir acompañada de gran cortejo de dones y gracias extraordinarias que sorprenden y admiran. Recordaros los dones de éxtasis, de profecía, de discernimiento de espíritus, de ciencia infusa, de penitencia singular, etcétera, y acaso lleváis a mal el que de nada de esto me acuerde. ¿Estáis, pues, persuadida de que tales dones y gracias extraordinarias se requieran para alcanzar la santidad? Si lo estáis, padecéis grave equivocación. Semejantes prodigios se hallan por lo regular en las vidas de los santos, pero no son los que han formado los santos; antes bien entre las almas que carecen de tales gracias extraordinarias, hay muchas más santas y merecedoras de mayor gloria que algunas otras que las ostentaron en el mundo con magnífico lucimiento. Por lo cual nos asegura Santa Teresa que las hallaremos en el cielo levantadas en sublimes tronos sobre otras que en vida gozaron de extraordinarios favores.

Además, no ha de pasarse en silencio que algunas veces aun los malos tuvieron algunos de estos dones maravillosos, como el impío Balaam, a quien se le dio espíritu de profecía, y San Juan de la Cruz enseña (Trat. de las espinas, Col.2) "que las revelaciones, las visiones, los raptos, el discernimiento y la penetración de los espíritus y todas las gracias que se llaman gratis no rara vez se acoplan con el pecado mortal", en tanto que de algunos de estos dones carecieron aún los mayores santos como San Juan Bautista, que jamás hizo milagros, como San Carlos Borromeo que nunca fue arrebatado en éxtasis en sus fervorosas oraciones. Considerando todo esto, los maestros de espíritu enseñan unánimemente que ni siquiera deben pedirse a Dios tales dones y que hasta es

un efecto de soberbia el solo desearlos.

Por consiguiente te engañas si piensas que para hacerte santa es preciso tener éxtasis, pasar noches enteras en oración, vestir cilicio, dormir poco y sobre la desnuda tierra, ayunar de continuo y hacer milagros. Para ser santa debes tener espíritu de oración, pero no hay necesidad de que pases las noches orando: guíate en esto por los consejos de tu director espiritual, y te santificaréis aunque no sean muy largas tus oraciones; ni habrás de inquietarte porque en ellas en vez de éxtasis y raptos te veas acosada de tentaciones e interrumpida con involuntarias distracciones continuas. Para ser santa debes tener espíritu de mortificación; pero haciendo las penitencias que prescribe nuestra madre la Iglesia y las que te permita tu director, ha de quedar tranquila sin pretender más; pues si otras hicieses por tu antojo sin autorización, en vez de ganar en santidad, perderíais, y servirían para envaneceros perjudicando de varios modos a vuestra salud espiritual y corporal.

***III**

**LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES HAN
DE SER SANTOS SOLO PARA SI MISMOS,
SIENDO LOS MENOS LOS QUE EL SEÑOR QUIERE QUE LO SEAN PARA
SÍ Y PARA SUS PRÓJIMOS.**

Pero acaso aun hallareis dificultad en persuadirlos de esta doctrina, no comprendiendo por qué el Señor quiere que seáis santos sin comunicaros aquellos dones tan extraordinarios que ilustraron las vidas de los santos. Si así es, oídme con alguna atención: Dios quiere que todos seamos santos, porque cuando está de su parte anhela que todos vayamos al cielo, y es sabido que en el cielo no pueden entrar más que los santos. Dios a todo nos quiere santos; pero quiere que unos lo sean para sí mismos y otros para sí y también para sus prójimos. Me explicaré: quiere el Señor que algunas almas consigan la perfección para que tengan mucha gloria en el cielo, y de estas no pretende con respecto a sus prójimos sino el cumplimiento de sus deberes y el buen ejemplo que todos estamos obligados a dar; quiere por tanto que su santidad resplandezca en gran manera a sus divinos ojos, y no quiere que resplandezca igualmente a los del mundo; y notad que entre las almas santas el mayor número se compone de estas últimas, aunque sean poco conocidas porque no se señalan con algún distintivo admirable y extraordinario. Que son muchas lo sabemos nosotros los que dirigimos las conciencias y por ello alabamos al Señor. ¡Cuántas hay no solo en las sagradas religiones sino también en el estado del matrimonio, cuántas entre los ricos, cuántas entre los pobres, cuántas entre los instruidos, cuántas entre los ignorantes y cuántas entre gentes sencillas que por lo regular suelen hacer una vida muy humilde! Sí, almas de votas, que os afligís viendo que en este mundo son tantos los malos que injurian continuamente a vuestro Dios, consolaos, pues también hay en todas las condiciones muchísimos buenos cristianos, los cuales sirven fielmente al Señor procurando su perfección y son muy santos a sus ojos, aunque no brillen mucho a los de los hombres. ¡Cuántos veréis en el cielo en puestos elevadísimos, que en la tierra se distinguían muy poco de los otros!

Ni debe maravillaros esto, porque es más santo delante de Dios y merece mayor gloria quien tiene una fe más viva, una esperanza más firme, una caridad más ardiente; la fe, la esperanza, la caridad son del alma virtudes internas que pueden ser muy sublimes aunque muy poco aparezcan por fuera.

Quiere el Señor que otras almas (y éstas son muy pocas en comparación de las ya mencionadas) sean muy santas, no solo para sí mismas sino también para sus prójimos, a fin de que resplandezcan como admirables ejemplos de santidad, que atrayéndose las miradas de todo el mundo manifiesten a todas las riquezas y la fuerza de su gracia. A

estas almas concede dones extraordinarios de altísima oración, en la cual suavemente embebidas pasan los días y las noches como si fueran instantes, tienen éxtasis y raptos en los cuales aun sus cuerpos, como si fuesen ligerísimas plumas, levántense de la tierra; dales su Dios fortaleza para vestirse de mortificación admirable, y no prueban bocado en cuaresmas enteras y se descarnan y desangran con horrorosas disciplinas y cilicios, casi no duermen, y el poquillo de descanso que conceden a sus extenuados miembros es sobre el desnudo suelo, sobre tablas o piedras; parece que se les comunican la eterna sabiduría y la irresistible omnipotencia, pues descubren lo más oculto en el corazón humano, predicen lo futuro, ostentan poderío sobre las enfermedades y aun sobre la misma muerte. ¡Bendito sea el Señor, que siempre ha ilustrado su Iglesia con estos maravillosos ejemplares de santidad! Los ha habido en todos los siglos, como lo atestigua la historia, y los hay sin duda alguna en nuestros días, como podría probarse con hechos innegables.

En tan ilustres ejemplares de santidad admiramos la omnipotencia, la misericordia y sabiduría de Dios. Viendo que ellos, aunque hijos de Adán como nosotros, sujetos a todas nuestras miserias y flaquezas, llegaron a cosas tan altas con el auxilio de la gracia divina, nos animamos en medio de las dificultades que nos ofrece esta mísera vida de infortunio, y confiamos poder vencer todo cuanto se opone a nuestro adelantamiento en el camino del cielo, y si algo bueno hacemos, es preciso que nos humillemos profundamente poniendo en ellos los ojos, pues nuestras buenas obras aparecerán como sombras ante los resplandores de las suyas. Por otra parte, no podemos pretender que Dios nos haga del número de estos santos. Oíd a San Francisco de Sales (serm 6 de ceniza): "En esta vida hay algunos que son llamados a hacer una vida toda celestial y angélica, que debemos considerar con reverencia, no para dar gracias a Dios de los singulares favores que les ha hecho"; y citando luego los ejemplos de San Pablo primer ermitaño y de San Simeón Estilita, dice que fueron movidos por una particular inspiración del Señor para que se ofreciesen al mundo cual espejo y prodigio de virtud para ser admirado y no imitado.

***IV**

**SE DEMUESTRA QUE NO PODEMOS PRETENDER
QUE DIOS NOS ELIJA PARA
SUBLIMES EJEMPLARES DE SANTIDAD.**

No hay razón alguna por la cual podamos presumir que se nos concedan los extraordinarios favores de que hemos hablado, los cuales no son necesarios a nuestra santificación y que acaso, según las adorables disposiciones de la Providencia, de ningún modo nos están destinados. ¿No sería verdadera soberbia no contentarse con aquella santidad que nos hace buenos y santos a los ojos de su divina Majestad, queriendo además gracias y favores admirables, que nos hiciesen comparecer como santos ante el mundo asombrado? Tened bien entendido que el deseo de ser muy santo a los ojos de Dios es hijo de humildad; pero el ansia de mostrarnos muy santos a los ojos de los hombres es hijo de refinada soberbia.

En efecto, ¿creéis que los grandes santos escogidos por Dios para lumbreras de su Iglesia, y que por lo mismo se vieron enriquecidos con abundancia de extraordinarios favores y gracias admirables, desearan semejantes gracias y favores? ¡Oh cuánto os engañáis si así lo creéis! Son muchos los ejemplos que podría citaros; pero basten por todos los siguientes.

***V**

**EJEMPLOS DE SANTOS QUE POR
HUMILDAD SENTÍAN TENER DONES EXTRAORDINARIOS.**

Santa María Magdalena de Pazis estuvo enriquecida de muchísimas gracias singulares, y entre otras poseía la de resistir penitencias extraordinarias, por las cuales se distinguía de todas las demás monjas sus compañeras. ¿Pero pidió al Señor semejantes gracias? Lejos de eso, sentía infinito haber de distinguirse de tal suerte, deseaba que el Señor le permitiese usar de los alimentos de la comunidad, y no se resolvió a hacer una vida tan extraordinaria hasta que en éxtasis su divino Esposo le dio a entender que aquella era su expresa voluntad, y que si rehusara obedecerle, él apartaría de ella sus miradas. San José de Cupertino fue también del número de aquellos santos que recibieron del Señor los favores y las gracias más extraordinarias; profetizaba, penetraba lo más recóndito de los corazones, gozaba éxtasis suavísimos y raptos admirables, exhalaba de su casto cuerpo un perfume prodigioso y exquisito y hacía curaciones maravillosas, venerándole todos como a gran santo y teniendo a gala el honrarle hasta los mismos príncipes, aunque él no era más que un humilde religioso. ¿Pero acaso San José había deseado semejantes dones extraordinarios, o a lo menos pretendido su conservación? No; por el contrario, instaba al Señor fervorosamente que se dignase quitárselos, deseado hacer una vida común y no distinguirse de nadie. Ahora bien; ¿estas almas santas habrían sentido que el Señor las favoreciese con tales gracias si las hubieran creído algún tanto necesarias para el perfecto amor de Dios?

Por el contrario, inmenso hubiera sido su regocijo y continuamente habrían suplicado al Señor que las colmase de nuevos y extraordinarios favores para adelantar más y más de día en día en su amor y en la perfección cristiana, ya que éste era su único deseo. "Por recibir muchas gracias y favores sobrenaturales no se merece mayor gloria: lo que hay es que quien los recibe queda más obligado al servicio y agradecimiento". Santa Teresa en la morada 6ª.

***VI**

CONCLUYE LA RESPUESTA A LA OBJECCIÓN

Ved, pues, que os engañáis suponiendo que quiera yo llevaros a la perfección por camino diverso del que han seguido los santos. Estos no llegaron al alto grado de perfección, en que los admiramos, por medio de dones extraordinarios y de maravillas; llegaron sí mediante el ejercicio de las virtudes cristianas y conformando en un todo su voluntad con la divina. Lo que hicieron aquellos prodigios y dones extraordinarios fue hacerlos admirables a los ojos de los hombres, lo cual jamás ha sido necesario para la perfección. Mostradme que Dios quiere ponerlos entre aquellos pocos que elige para lumbreras del mundo y por lo mismo manifiesta a los ojos de los hombres que son grandes en santidad, y entonces consentiré gustoso en que sigáis el camino extraordinario por donde han ido los santos, cuyas vidas leemos con asombro. Pero si os halláis en el número de todos los demás que son llamados por Dios a aquella santidad que ha de resplandecer a sus ojos y no ha de mostrarse a los del mundo con toda su belleza hasta el día del juicio, contentaos con ir por el camino trillado, no pretendáis cosas más altas si no queréis haceros más soberbia que santa. Si la gallina quisiese volar como el águila sobre las nubes, ¿no os reiríais de su presunción? Para volar como el águila es preciso tener sus alas.

Concluamos, pues, que para ser santos y aun grandes santos delante de Dios, no se requiere cosa alguna extraordinaria, y por tanto el camino de la perfección cristiana queda muy llano por esta parte. A cualquiera es muy fácil dirigirse por él al reino de la gloria.

***VII**

SE DESVANECE LA DIFICULTAD QUE SE

NOS PRESENTA POR PARTE DE LA FLAQUEZA HUMANA PARA CONSEGUIR LA PERFECCIÓN.

Aunque no se requieran cosas extraordinarias y maravillosas para alcanzar la perfección cristiana, y baste el absteneros del pecado plenamente advertido, sea grave o leve, y el procurar hasta en las cosas indiferentes el mayor gusto del Señor; sin embargo me diréis que aun queda una dificultad gravísima por parte de la flaqueza y fragilidad humana, para quien es muy difícil la cabal y exacta observancia de la ley divina. Más no temáis, animaos, que también esta tercera dificultad tiene de apariencia más que de realidad. Decidme: ¿habláis de la flaqueza y fragilidad humana abandonada a sí misma, o bien de la flaqueza y fragilidad del hombre sostenida, fortificada con el omnipotente auxilio de la gracia de Dios? Si habláis de la humana flaqueza y fragilidad abandonada a sí misma, no hay duda que tenéis razón, y yo os confieso que en este caso no solo le es muy difícil sino hasta imposible el cumplimiento de todos los preceptos de la ley de Dios; pero si habláis de aquella fragilidad y flaqueza sostenida y fortificada por el auxilio omnipotente de la gracia de Dios, decís mal, muy mal; y os equivocáis en gran manera creyendo demasiado difícil el cumplimiento de toda la ley divina.

Es muy difícil, o mejor dicho, imposible, que un niño levante del suelo un gran peso; pero con la ayuda de un hombre robusto lo alza fácilmente. ¿Y no es de fe que la fuerza de la gracia de Dios sostiene nuestra flaqueza, y fortifica nuestra fragilidad de modo que podemos cumplir todos los preceptos divinos? Oíd la doctrina altamente consoladora del sacrosanto concilio de Trento. "Dios no manda cosas imposibles, y en lo mismo que manda te advierte que hagas lo que puedas, y que pidas lo que no pueda, y entre tanto te auxilia a fin de que puedas. "Sus preceptos no son pesados, su yugo es suave y ligera su carga". ¡Oh doctrina sumamente consoladora y tanto más consoladora por serlo del Espíritu Santo infalible y divina!

¿No es igualmente de fe que Dios no permite que seamos tentados de un modo superior a nuestras fuerzas sostenidas con el auxilio de su gracia? Oíd otras palabras de sumo consuelo e infalibles como dictadas por el Espíritu Santo: "Dios es fiel, nos dice por boca de San Pablo; no consentirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes hará que saquéis provecho de la misma tentación (1. Cor. c.10). Lo que quiere decir, que Dios ha prometido que auxiliará nuestra flaqueza y refrenará la ira y el furor de nuestros enemigos, de modo que no puedan vencernos en sus asaltos, y nos socorrerá con tanta abundancia de gracia que de la tentación podamos salir más fuertes y más vigorosos; como un soldado que volviendo triunfante de una batalla se siente animado de más valor y ardimiento para las venideras (V. Corn. a Lap). Decía por tanto Santa Teresa: "no me da miedo ver a un alma acometida de pertinaces tentaciones, pues si en ella hay amor y temor de Dios, ha de salir muy gananciosa" (Conc. del Am. de Dios sobre Cant.)¹.

1.- Aquí se ha de advertir para consuelo de algunas almas muy tímidas y a quienes asusta mucho la tentación que Dios cuando quiere conceder a un alma alguna virtud en grado más eminente, suele permitir que tenga más fuertes tentación, que Dios cuando quiere conceder a un alma alguna virtud en grado más eminente, suele permitir que tenga más fuertes tentaciones contra la misma como lo hizo con San Pablo: *nam virtus in infirmitate perficitur*. Por tanto, si tenéis fuertes tentaciones contra la fe, quiere decir que Dios desea daros una fe muy viva: si la tenéis contra la castidad, sin duda desea enriqueceros con una castidad muy perfecta.

¿Pues qué damos a entender cuando decimos: somos tan débiles, tan frágiles y tan miserables? Lo único que con esto intentamos expresar es, que si la gracia de Dios nos abandona, no podríamos dar entero cumplimiento a la ley de Dios; pero de ningún

modo debe entenderse que este cabal cumplimiento no sea muy difícil teniendo nosotros como tenemos el auxilio de su gracia.

Es muy importante fijarse en esta idea, pues muchos desesperan de poder llegar a la perfección cristiana porque sus cálculos estriban en sus propias fuerzas y no en las de la gracia Dios. Penetrémonos bien de esta verdad: nada somos por nosotros mismos y para nada somos buenos; pero con la gracia de Dios algo somos, y tanto que con ella todo lo podemos.

San Cipriano y San Agustín considerando antes de convertirse su flaqueza, creían que ni siquiera del pecado mortal podrían abstenerse, les parecía casi imposible la observancia de la ley de Dios; pero luego que se convirtieron se persuadieron por propia experiencia que mediante la divina gracia podían abstenerse no solo del pecado mortal sino también del venial; palparon, por decirlo así, que con su auxilio no era muy difícil el hacerse santos y aun grandes santos. Observad lo que decía San Pablo: "todo lo puedo con el auxilio del Dios que me fortalece". No se contentaba con asegurar que podía algo, sino que afirmaba que lo podía todo. Estaba, pues, lejos de creer que podría preservarse del pecado mortal en cuanto apenas le bastara para salvarse; mostrándose muy persuadido de que le era posible evitar hasta el pecado venial para llegar a la gloria altísima que gozan en el cielo los que en esta vida aspiran a la perfecta santidad.

En esta dificultad de la flaqueza humana también quiero incluir la que podría sacarse del propio mal natural. Alguna dice: *no es mi genio para hacerme santa. ¿Cómo he de llegar a ser santa con este mal natural que tengo?*" En primer lugar, las inclinaciones de todos los hijos y de todas las hijas de Adán, cual más, cual menos, todas son malas, es decir, propenden al mal. Además, a nadie le falta el auxilio de la gracia divina que tiene poder para corregir y enmendar el mal natural, por muy malo que sea. Por manera que quien se deja llevar de sus desordenadas inclinaciones, aunque tenga la mejor índole, corre por la senda de la perdición, y quién las refrena, aunque su índole sea la peor del mundo, adelanta en el camino de la perfección cristiana.

***VIII**

SE DEMUESTRA QUE DE LA ABNEGACIÓN NECESARIA PARA LA PERFECCIÓN CRISTIANA, NO SE HA DE DEDUCIR QUE ES MUY DIFÍCIL ALCANZARLA.

Ahora me parece que os oigo proponer otro argumento, que acaso creéis de más fuerza que los precedentes. Me querréis decir que al enumerar lo que se requiere para la perfección cristiana, callo una cosa muy esencial y tanto que es el fundamento de ella, a saber: la abnegación de nosotros mismos, cuya necesidad enseña claramente el Evangelio y todos los maestros de espíritu recomiendan con mucho encarecimiento. ¿Me podré hacer santa, decís, sin negarme a mi misma, esto es, sin contrariar mis inclinaciones y deseos? Y habiendo de hacer guerra a todos mis deseos e inclinaciones ¿no hallaré en esta abnegación una dificultad gravísima?" ¿Con que sospecháis que de entre los medios necesarios para conseguir la santidad quiero yo excluir la propia abnegación? Con solo sospecharlo me hacéis un agravio. Sé y creo que la propia abnegación es sumamente necesaria para alcanzar la perfección cristiana; más digo: sé y creo que es indispensable para no caer en pecado mortal, y aun para solo conservarse en estado de gracia; sé y creo que sin ella nadie puede ser buen discípulo de Jesucristo, que dijo: "quien quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo". Pero es necesario que entendáis bien en qué consiste esta abnegación de que no puede prescindirse si se trata de caminar al cielo. Os lo diré: consiste en contrariar toda inclinación que sea en algún modo desordenada. Por tanto consiste primeramente en contrariar las inclinaciones que nos inducen al pecado mortal, como la inclinación a las venganzas graves, a las

deshonestidades, etc.; en segundo lugar, en contrariar las que nos induzcan al pecado venial, por ejemplo a las mentiras oficiosas, etc., y aun a las que nos impedirían el hacer lo que claramente sabemos que es del mayor agrado de Dios, como la inclinación a no querer ceder en alguna que otra cosilla en que acaso tengamos razón, pero en que por otra parte es mejor condescender en gracia de la caridad fraterna. He aquí en qué consiste la abnegación necesaria para alcanzar la perfección cristiana.

Deberé resistir, decíais, a todas mis inclinaciones y a todos mis deseos; pero decíais muy mal porque tenéis inclinación a comer y es necesario que comáis, tenéis inclinación a dormir y es necesario que durmáis, tenéis inclinación a descansar y recrearos algún poco, después de largas y serias ocupaciones, y es necesario que al alma y al cuerpo deis algún descanso y algún poquillo de recreación honesta. Solo debéis oponeros a aquellas inclinaciones y deseos en que advirtáis cualquier desorden como en las que os indicaba. Ahora pues, si lo reflexionáis atentamente, habiendo ya enseñado que debéis huir no solo el pecado mortal, sino también el venial; que además en lo que no está mandado ni prohibido procuréis hacer lo que conozcáis que es más grato a Dios, ya os he enseñado claramente la necesidad de la abnegación, y demostrando que no hay gran dificultad en aquellas tres cosas, ya queda demostrado que no es muy difícil el negarse a si mismo. Y notad bien que en estas tres cosas se cifra la perfecta abnegación practicada por todos los santos, porque los santos, incluso los que más se han distinguido en la mortificación, no contrariaron sus inclinaciones y deseos sino en lo que era oportuno para evitar el pecado y para ejercitarse en aquellos actos de mortificación que conocían ser del agrado del Señor, según más o menos les daba a entender su divina voluntad con ordinarias o extraordinarias inspiraciones, aunque guiándose siempre por los consejos de sus directores espirituales.

***IX**

SE CONTESTA A LA DIFICULTAD QUE SE NOS PODRÍA Oponer ACERCA DEL EMPEÑO CON QUE HEMOS DE BUSCAR EN TODO EL MAYOR GUSTO DE DIOS.

Pero tal vez la mayor dificultad os la figuráis en aquello de procurar en todo lo que no está mandado ni prohibido lo que sea más del agrado de Dios. Parece que este empeño ha de ocasionaros una continua solicitud y angustia; será preciso, diréis, que esté todo el día pensando y discurriendo que será del mayor agrado de Dios, y esta incesante fatiga y tarea de adivinar el gusto de Dios me traerá inquieta y desazonada, sin salir nunca de dudas e incertidumbres.

Pero también en esto padeceréis un grosero engaño, porque no se pretende que en todas las cosas nos pongamos a estudiar lo que podrá ser más agradable a Dios, como por ejemplo, si uno se pusiese a considerar ¿qué será lo que más agrade al Señor, el que yo vaya ahora a oír una misa o un sermón, que rece el rosario o bien el oficio de difuntos, que esta mañana almuerce o ayune, que esta limosna la haga a los pobres o bien a la Iglesia? etc., etc. Me guardaría muy mucho de aconsejar semejantes investigaciones para hallar el mayor gusto de Dios; hablando en general, esto sería lo mismo que precipitar a las almas en un abismo de perpetua angustia y confusión: ¹ para todo es menester sencillez y libertad de espíritu.

1.- Téngase presente esta máxima de San Francisco de Sales: "no se acostumbra pesar la moneda pequeña; solo se pesan las mayores: el tráfico sería muy fastidioso y se perdería mucho tiempo si se hubiesen de pesar los cuartos, los reales y demás moneda pequeña; del mismo modo

no se deben pesar todas las acciones pequeñas para averiguar si una vale más que la otra". *Trad. del Amor de Dios.*

La perfección requiere que hagamos aquello que claramente conocemos que es más grato a Dios, ya que según la doctrina de Santo Tomás, no estamos obligados a cumplir la voluntad divina sino cuando se nos manifiesta. (1.2.q.19. a 10 ad. 3.) y en esto no puede haber ni angustia ni confusión. Por ejemplo, tengo tiempo para oír misa todos los días; ahora bien, aunque en los de trabajo no se manda oírlos, sin embargo veo claramente que al Señor agrada más el que la oiga en tales días que el que no la oiga. Está en mi mano el frecuentar los santos Sacramentos, como me lo aconseja mi confesor, aunque no me lo manda; al momento veo claramente que frecuentándolos agrada a Dios más que no frecuentándolos. En un caso dado podría yo pretender que aquel que me hizo una injuria tomase la iniciativa para reconciliarnos; pero en tanto, por el bien de la santa caridad veo que es mejor que yo me adelante a saludarle. ¿Que ansiedad, que angustia o confusión producirá el procurar de este modo hacer lo que sea más del agrado de Dios? Ninguna. Para esto no se requiere más que un vivo amor de Dios, y todo está hecho. Un hijo que ama a su padre, ¿no hace cuanto puede por darle gusto? Una hija que ama mucho a su madre, ¿no hace lo mismo? ¿No hace lo mismo un criado que ama mucho a su amo? ¿Y acaso traen una vida de turbación y angustia el criado, el hijo y la hija? Nada de eso. Haciéndolo todo con amor y por amor, obran en todo con gusto, con alegría y libertad. Entre en vuestro corazón una centella de vivo amor de Dios, y luego veréis que en vez de angustiarnos al buscar en todas las cosas el mayor gusto de Dios, hallaréis en ello suma paz, suma dulzura y satisfacción. Y más os digo: esta práctica del amor de Dios no necesita esfuerzo alguno; en proponiendo no disgustarle nunca, ni aun con el pecado venial, y observando su ley con exactitud, tanto en lo que es de mucha importancia como en lo leve y de poca monta, sin advertirlo os sentiréis inclinada a hacer, aun en las cosas más indiferentes, todo lo que veáis que es de su mayor gusto, todo lo que conozcáis que será más grato a su santísima voluntad. Y advertid además que el mismo divino amor os dará luz para conocer el gusto de Dios, aun en muchas cosas que para otros serían oscuras, pues el divino amor es fuego que enciende para que obremos con fervor y prontitud, y al mismo tiempo es luz que ilumina para que claramente veamos lo que conviene obrar.

Pero nada valdrán estas razones y no os penetraréis de la verdad de cuanto os digo, si no lo ponéis por obra. Hace a este propósito la sentencia de San Francisco de Asís, *tantum scit homo quantum operatur* (Nat. Alex. T.9 a 7 de ex Phil); esto es, tanto sabemos cuanto obramos. Cuando hagáis lo que os digo comprenderéis que se puede hacer, que conviene hacerlo y que se hace fácilmente. Concluyamos con Santa Teresa: "el alma que de veras ama a Dios, halla particular gusto al descubrir lo que es de mayor perfección y del servicio del Señor, y con el contentamiento que siente en complacerle, sin trabajo lo ejecuta dando su divina Majestad valor y fuerzas a su flaqueza".

***X**

**SE RESPONDE A LA OBJECCIÓN DE QUE
LOS PELIGROS DEL MUNDO, LOS
NEGOCIOS, ETC., PUEDAN IMPEDIR LA SANTIFICACIÓN.**

Pero si fuereis alguna de aquellas almas demasiado temerosas y poco confiadas, aun podríais replicarme: ¿cómo me compondré para santificarme en el estado en que me hallo?. En medio del mundo, entre tantos peligros, con tantos afanes domésticos, con tantos negocios y ocupaciones, ¿cómo podré dedicarme a la perfección cristiana? Oíd a

San Alfonso en su Práctica de amar a Jesucristo, c. 8,*10: "El religioso se debe santificar como religioso, el seglar como seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, y el soldado como soldado". Y a la verdad, si Dios quiere que todos sean santos, a todos debe dar las gracias necesarias para que se santifiquen en cualquier estado que se hallen. Los varios estados que hay en el mundo se han establecido por disposición de la divina Providencia. ¿Y sería posible que hubiese ordenado algunos en los cuales no pudieran hombres y mujeres santificarse, siendo así que desea vivamente la santificación de todas sus criaturas racionales? No lo temáis; en queriendo llegar a la perfección cristiana que requiere vuestro estado, aun en medio de los mayores afanes que consigo traigan los negocios y el cuidado de la familia, aun en medio de los inevitables peligros del mundo corrompido. Ya lo he dicho: el Señor da su gracia a medida de la necesidad. Y es tan cierto que cada uno puede santificarse en su propio estado, sea cual fuere, que San Francisco de Sales reprende a los que habiendo ya entrado en un estado, se alimentan con el deseo de tener otro. Oíd sus palabras: "Yo no apruebo que una persona que haya contraído una obligación o seguido una vocación, apetezca otra clase de vida fuera de aquella que es conveniente a su oficio".

***XI**

**SE PRUEBA QUE LOS NEGOCIOS, LAS
FATIGAS, LOS CUIDADOS DE LA FAMILIA
Y TODAS LAS OCUPACIONES DEL
PROPIO ESTADO, PUEDEN SER MUY ÚTILES
PARA CONSEGUIR LA PERFECCIÓN CRISTIANA.**

Pero no me contento con persuadiros que las ocupaciones de vuestro estado de ningún modo deben haceros perder la esperanza de alcanzar la perfección cristiana; quiero además probaros que mucho pueden ayudaros a conseguirla. Y a decir verdad, ¿son malas por sí las ocupaciones de vuestro estado? No ciertamente; no quiero suponer que ganéis la vida con oficios pecaminosos; vuestras ocupaciones serán indiferentes: o el comercio, o los estudios, o labores u obras de manos, o bien si vivís de vuestras rentas, os ocuparéis en el cultivo de vuestra hacienda, en el buen arreglo de vuestros censos, etc. Ocupaciones que, a cualquier clase que pertenezcan, no son santas por sí mismas ni tampoco malas. Y bien, ¿no sabéis que las ocupaciones y los trabajos indiferentes, cuando se toman y se llevan por amor de Dios, se dirigen y ofrecen a su gloria, son todos santos y meritorios? Creéis perder el tiempo para el cielo empleándolo en comerciar, en contar, en trabajar todo el día ordenando la casa y la familia: y a la verdad podéis perder el tiempo haciendo estas y otras cosas semejantes solo por fines humanos, sin pensar en dirigir las de modo alguno a la gloria de Dios; pero si de cuando en cuando ofrecéis al Señor todas vuestras ocupaciones (lo mejor será que se las ofrezcáis todo los días), proponiéndoo dirigido todo a su mayor gloria, se santificarán todas esas ocupaciones por su buen fin, y todas ellas vendrán a ser utilísimas y os harán crecer en el amor de Dios y aumentarán para la vida eterna vuestros merecimientos. Y de este modo ¿no os ayudarán a conseguir la perfección cristiana? Un día vio San Felipe Neri a algunos jornaleros que mucho se fatigaban y sudaban en su penoso trabajo: "Y por qué, les preguntó, por qué trabajáis con tanto ahínco y fatiga? ¡Ah Padre!, respondieron, para proporcionarnos un pedazo de pan. No, hijos míos, repuso el Santo, no digáis solo para ganar el pan, sino el pan y el cielo". He aquí, pues como todos vuestros trabajos y todas las ocupaciones de vuestro estado pueden contribuir muchísimo al bien del alma, haceros crecer en el divino amor y adelantar en la perfección cristiana. ¡Oh si todo lo hiciésemos por amor de Dios, si todo lo dirigiésemos a su gloria! Aun aquellas cosas que por sí mismas son fango y piedras, las veríamos convertidas en oro y en joyas de vida eterna.

***XI**

**SE RESPONDE A LA DIFICULTAD QUE
PROCEDE DE NUESTRA FALTA DE
MERCIMIENTO PARA ALCANZAR DE
DIOS LA GRACIA DE HACERNOS SANTOS.**

"¿Pero tú, podría decirnos el demonio, tú has de pretender de Dios una gracia tan singular y extraordinaria como la de hacerte santa? ¿No deberías darte por contenta con el último lugar del cielo?" ¡Desatino y disparate! Oíd a San Agustín: *¿Ab Omnipotente petitis? aliquid magnum petite.* Si pides algo al Dios omnipotente, pedidle alguna cosa grande. ¿Y qué? ¿acaso el dispensaros una gracia grande le costará a Dios más que el daros una pequeña? Y si Dios quiere que os santificuéis (repitémoslo a todas horas), ¿se mostrará sordo cuando le pidáis la gracia de santificaros, o tendrá alguna repugnancia en concedérsela? Oíd también a Santa Teresa en su camino de perfección: "¿Qué nos cuesta o perjudica el pedir mucho, pues pedimos al Omnipotente? Sería una vergüenza pedir un ochavo a un emperador grande y liberalísimo". ¿Por qué, pues, querriais contentaros con el último lugar del cielo?

El alma que ocupe el último puesto en la celestial Jerusalén, habrá dado menos gloria a Dios sobre la tierra y le glorificará menos en el cielo. ¿Y por qué pudiendo procurar darle mayor gloria en el tiempo y en la eternidad, os habéis de contentar con dársela menor? ¿No merece Dios que hagáis por él cuanto podáis? El alma que en el cielo tenga el último puesto, estará allí plenamente contenta con habérselo ganado, porque en el cielo no puede haber descontentamientos; pero mientras permanezcamos sobre la tierra no debemos contentarnos con adquirirlo, antes debemos desear el conseguir en los cielos un puesto muy elevado con la práctica de la perfección cristiana para glorificar mucho a Dios en este valle de lágrimas y en aquella mansión de eterna dicha.

"¿Pero tú merecer esta gracia de la perfección cristiana? ¿Y tus muchos pecados de la vida pasada? ¿Y tus ingratitudes e infidelidades?" Así puede instar el demonio. Y yo también creo que no la merecéis. ¿Pero y qué? ¿Habéis de esperar del Señor nada más que lo que merecéis? ¿Se ha de limitar nuestra esperanza a que Dios nos trate como merecemos? No quiero yo esta clase de esperanza. Si Dios nos tratase como nos lo merecemos, pobres de nosotros. Hemos de esperar lo que habemos de pedir. Decidme, alma devota, ¿querriais hacer esta petición? *Tratádme, Señor, según mis merecimientos.* ¿Tratadme, Señor, según mis merecimientos. ¿Tendriais valor para hacerla? Por cierto que no sería ésta una oración sino una horrible imprecación contra nosotros mismos; rogar a Dios que nos trate como merecemos, sería lo mismo que pedirle que nos abandonase a nuestra malicia y luego nos precipitase al infierno, porque nosotros, por nosotros mismos, no merecemos otra cosa. ¿Cómo, pues, querremos esperar que el Señor nos trate de este modo? Esta no sería una esperanza; más bien le daría yo el nombre de desesperación.

¿Qué hubiera sido aun de los mayores santos del cielo si el divino Autor de toda gracia los hubiese tratado conforme a los merecimientos de ellos? ¿Dónde estarían? Pero los ha auxiliado y remunerado según los méritos infinitos de Jesucristo que los redimió con su sangre preciosísima, y de esta suerte llegaron a ser grandes santos y a ocupar los primeros asientos en el cielo. También nosotros debemos esperar del mismo modo y esperar firmemente que nos tratará según aquellos méritos infinitos, que exceden sobre manera a toda la muchedumbre de nuestras culpas, ingratitudes e infidelidades. ¿Pues que caso se le había de hacer en vista de esto a quien nos dijese: "tú no mereces la gracia de santificarte porque son muchos tus pecados?"

De vuestros muchos pecados, de vuestras ingratitudes e infidelidades arrepentíos muy mucho, guardaos de ellas en adelante, y no impedirán que el Señor os conceda la

gracia de la deseada santidad, a la cual os dieron derecho los merecimientos infinitos de su Santísimo Hijo hecho hombre y muerto en un patíbulo por vos. En efecto. ¿Cuántos grandes santos veneramos sobre los altares que antes fueron grandes pecadores? Lo que pudo en ellos la gracia y la misericordia de Dios ¿no lo podrá en nosotros? Ea, pues, concluyamos que para nadie, absolutamente para nadie, es muy difícil la perfecta unión con la voluntad divina, esto es, la perfección cristiana.

CAPÍTULO IV **Belleza y utilidad de la** **perfección cristiana**

*I

SE DEMUESTRA LA BELLEZA DE LA **PERFECCIÓN CRISTIANA**

Cuando cualquiera cosa tiene las dotes de belleza y utilidad, se atrae los corazones con tan dulce violencia que los obliga a amarla y a buscarla para poseerla, y así, como mi deseo es que os enamoréis de la perfección cristiana y la busquéis con mucho empeño para llegar a su feliz posesión, quisiera pintaros algún pequeño rasgo de su celestial belleza y exponeros algunas razones de su incomprensible utilidad. Empero acerca de la primera de estas dotes no sé más que exclamar: ¡Oh, cuán bella es la santidad que consiste en la simple posesión de la gracia santificante!

Su hermosura es tal, que no solo encanta a los santos y a los ángeles del cielo, sino que principalmente hechiza y enamora al mismo Dios: hermosura tal que al alma la hace realmente amiga e hija del Altísimo, aunque tenga muchos lunares y muchas manchas veniales. Sí, aunque un alma se halle manchada con un millón de faltas veniales, con solo tener la gracia santificante resplandece delante de Dios con hermosura tanta que se roba su divino corazón, y Dios la mira y la ama como a entrañable amiga, como a muy tierna esposa, como a muy querida hija.

¿Y qué deberá decirse de la belleza del alma, que además de hermostearse con la inapreciable joya de la gracia santificante, se conserva limpia aun del pecado venial, ni advertidamente permite que su brillo se empañe con la más pequeña sombra, y pone todo su empeño en agradar a su Dios buscándole el gusto, y no queriendo tener más voluntad que la divina, ni vivir sino en su celestial Esposo, ni respirar sino en él y para él? ¡Ah! ¡La belleza de tal alma no la comprende entendimiento humano! Dios la mira con tan amante complacencia, que en los Cantares, como si ya no pudiese reprimir su encendido afecto, se deshoga con ella hablándole en estos términos de amor y dulzura: "¡Toda eres hermosa, amiga, mía, pues ni hay en ti mancilla! ¡Cuán hermosa eres, cuán hermosa, amiga mía! Mi paloma eres, mi hermana y mi esposa. ¡Cuán bella eres, cuán adornada estás de gracia, cuán deliciosa a mi amor".

Y una belleza que tanto enamora el corazón de Dios, ¿No cautivará el nuestro? ¿No haremos cuanto esté de nuestra parte para lograrla? ¡Cuánto no se estima y busca una belleza harto miserable y peligrosa! ¿Y cuánto más no se deberá estimar y buscar una hermosura inefable, que es origen de altísimos bienes en la vida percedera y en la que nunca se acaba!

*II

DEMUÉSTRANSE LAS MUCHAS VENTAJAS **DE LA PERFECCION CRISTIANA. 1º EN EL** **TESTIMONIO DE LA BUENA CONCIENCIA.**

No cabe duda en que la perfección cristiana de que os hablo, lleva consigo, o mejor dicho, es ella misma el cúmulo de todos los bienes que forman la verdadera felicidad en esta vida, y dan la más segura esperanza de la dicha que ha de alcanzarse en la eterna. En primer lugar, convienen todos en que en esta mansión de infortunio, la mayor felicidad consiste en el testimonio de nuestra conciencia, que no nos acusa de haber delinquido. Si oímos en nuestro corazón este su dulce testimonio, somos verdaderamente felices y cualquiera que no tiene el aguijón de los remordimientos, goza de una paz interior suavísima y amable, más que todos los placeres mundanos, y aun en medio de otros trabajos, que nunca faltan a quien peregrina en un suelo de amargura, puede con bastante fundamento tenerse por muy dichoso.

Pero no cabe completa felicidad sino en quien de tal modo se guarda de toda falta que aun las más leves procura evitar. El alma que está limpia de toda culpa plenamente advertida, tiene en su interior la plácida seguridad de ser toda de su Dios; y éste es un consuelo inefable, cuya dulzura y suavidad se aumenta si aun en las cosas indiferentes por sí mismas, busca siempre el mayor gusto de su divino Esposo.

***III**

2º EN LA MAYOR SEGURIDAD DE POSEER LA GRACIA DE DIOS

Enseñaron los luteranos y calvinistas que los cristianos deben creer firmemente que están en gracia de Dios del mismo modo que deben creer el misterio de la Santísima Trinidad: esta es grosera herejía; Dios ha revelado que es Uno y Trino, y por tanto, conforme a su revelación, es imposible que no sea cierto el misterio de la Santísima Trinidad: por el contrario, jamás ha revelado que esté en su gracia Tizio o Sempronio.

Al extremo opuesto se han precipitado otros, casi en nuestros días, creyendo haber hallado el camino de la perfección en la selva del espanto, pues enseñaron que las almas, por muy buenas que sean, deben siempre vivir en continua ansiedad y no persuadirse nunca que están en gracia de Dios, y tener siempre clavada en el corazón la terrible duda de si son o no objeto de la ira del Omnipotente, no esperando ver sino en la hora de su muerte, si caerán en la hoguera de los infiernos o se remontarán dichas hasta el regazo de su Dios. También este es un error.

Es verdad que no podemos tener una certeza infalible de fe divina de hallarnos en gracia de Dios; pero también es cierto que podemos tener una certeza que yo llamaré de conjetura, la cual nos da una seguridad suficiente y nos hace disfrutar de una paz y sosiego delicioso. Un hijo que no recuerda haber dado graves disgustos a su padre, o si alguna vez le ha faltado ha hecho cuanto ha podido para desagraciarle con su arrepentimiento, ¿no estará cierto, aunque no sea más que por conjetura, de que su padre le estima? ¿No tiene de ello una certidumbre tal, que en orden a esto su corazón está muy satisfecho y tranquilo? Y sin embargo, no puede tener una certeza infalible como se tiene de las cosas de la fe.

Pero dejando una cuestión que me apartaría de mi propósito, ¿quiénes pueden estar más seguros de poseer el infinito tesoro de la gracia santificante que los hace amigos e hijos de Dios? Sin duda, nos lo asegura San Francisco de Sales, son los que huyen no solo el pecado mortal, sino también venial, y buscan en todas las cosas, como ya lo hemos dicho, el mayor gusto de Dios. Más no era preciso que nos lo asegurase San Francisco de Sales u otro gran maestro de espíritu, la misma razón nos lo demuestra hasta la evidencia.

El pecado mortal es una aversión de nuestra voluntad a la de Dios. Cuando nuestra voluntad está unida y conforme a la de Dios, no puede hallarse pecado mortal en nuestra alma, pues en la uniformidad con el querer divino consiste la perfecta caridad, y con ésta, según lo ha definido la Iglesia contra las blasfemias de Bayo, no puede avenirse el pecado mortal. Ahora bien, ¿quién tendrá mayor seguridad de poseer la gracia divina que el alma que no solo aborrece el pecado mortal, sino también el venial y que busca en todo el mayor gusto de Dios? ¿Quién podrá estar más seguro de su conformidad con el querer divino y de la perfecta caridad? Nadie, aunque otros hiciesen milagros que detuvieran al sol, transportaran los montes y resucitaran los muertos, porque, cualquiera de estos milagros puede hacerse aún en estado de culpa mortal, en tanto que no puede estar en pecado mortal quien tenga perfecta caridad.

¿No es cierto, alma devota, que vuestro mayor consuelo sería el de estar segura (en lo posible) de que estáis en gracia de Dios, y que si os sorprendiera la muerte en cualquier hora y de cualquier modo, no dejaríais de recibir la corona de la gloria eterna? Pues bien, si queréis tener toda la seguridad posible, aborreced el pecado, aun el venial, haced en todas las cosas el mayor gusto de Dios cuando lo veáis con claridad; de esta suerte estaréis más segura que si obraréis los más estupendos milagros.

***V**

3º EN LA MAYOR SEGURIDAD DE NO PERDER LA GRACIA DE DIOS

Angustia no pocas veces a las almas piadosas el temor de que aunque actualmente se hallen en estado de gracia, no obstante la puedan perder, temor que llega en algunas hasta hacerles desear la muerte, para verse libres de semejante peligro. El V.P. Pablo Segneri mandó que cuando los médicos le hubiesen desahuciado, se le intimará la muerte del modo siguiente: alégrate, Padre, que ya no podrás ofender a Dios. ¿Cuáles son, pues, las almas que tienen mayor seguridad de no caer en pecado mortal y de no perder en adelante la gracia de Dios? Son ciertamente aquellas que aborrecen hasta el pecado venial; porque aborreciendo siempre la culpa, por leve que sea, tanto más seguras están de aborrecer la grave; y en efecto ¿cómo sería posible que no temiese el mayor peligro quien del menor se asusta?

Sabido es que mientras más se aborrece el pecado es más difícil caer en él, o más bien, es imposible cometerlo mientras se le aborrece, pues el pecado ha de ser voluntario en quien lo comete, y no puede ser voluntario al mismo tiempo que es aborrecido. ¡Ah! este es un consuelo inefable para un alma que ama a Dios, para un alma que quiere asegurar su salvación!

Además se debe observar que al paso que no puede haber mayor seguridad de conservarse en gracia de Dios que la del cristiano que aborrece todo pecado, hasta el venial, tampoco hay mayor peligro de perderla que el del hombre que no teme al pecado venial y por tanto lo comete con frecuencia y facilidad. De tal suerte se enflaquece su espíritu y se entibia en el divino amor que no suele resistir al embate de una tentación violenta y cae desgraciadamente. Esto es muy conforme a la sentencia del Espíritu Santo: "quien desprecia las faltas pequeñas, poco a poco caerá en las graves". Santa Teresa decía sobre lo mismo: "por medio de frioleras va el demonio haciendo agujeros para luego meter por ellos cosas grandes", y espantada en vista del gran peligro exclamaba: "¡Dios os libre del pecado advertido, por pequeño que sea!" También la experiencia enseña, pone de manifiesto, y hace palpables estas verdades, notándose que las almas fervorosas que se guardan cautamente del pecado venial, aunque alguna vez lo comentan por fragilidad, jamás caen en culpas mortales; mientras las almas tibias, que

hacen poco caso de las veniales y no procuran evitarlas, no solo las cometen con frecuencia, sino que fácilmente contraen la horrorosa lepra del pecado mortal.

*V

4ª POR LA ESPECIAL PREDILECCIÓN DE DIOS PARA CON LAS ALMAS QUE ASPIRAN A LA PERFECCIÓN CRISTIANA.

¿Y cuáles serán aquellas almas que del Señor puedan prometerse mayor abundancia de gracia y especial predilección, sino las que procuren evitar cuanto pueda desagradarle, haciendo al mismo tiempo todo lo que conozcan ser de su mayor gusto? Es indudable que Dios confiere sus dones gratuitamente, y es de fe que su gracia no puede merecerse¹. ¿Pero no deberemos creer que en la distribución de sus gracias prefiera y enriquezca con mayor abundancia a aquellas almas que le sirven con más amor y esmerada fidelidad? Un rey prudente dispensa a sus vasallos muchas gracias, extendiéndose su munífica bondad aun sobre los indignos; pero los más favorecidos son siempre los que le muestran más respeto, más afecto y lealtad: estos que en la distribución de sus gracias llevan la mejor parte no solo por los servicios que ya le han hecho, sino también porque espera de ellos mayor agradecimiento y más fina correspondencia.

1.- Entiéndase la gracia actual que es la que nos ayuda a obrar el bien y a evitar el mal, e igualmente la gracia santificante que no puede merecer el pecador que está privado de ella; pues también es de fe que los justos con sus buenas obras merecen verdaderamente el aumento de la gracia santificante, como enseña el Concilio de Trento.

Además, es cierto que las gracias de Dios no se pueden merecer, pero también es innegable que se desmerecen y se les ponen obstáculos. Quien corresponde fielmente a las gracias del Creador disponerse a recibirlas mayores en adelante; y quien falta a esa santa debida correspondencia se hace indigno de ellas y en cuanto está de su parte como que ata las manos del Señor para que se las siga dispensando en lo sucesivo. Así que bien podemos concluir con las palabras de Samuel *Cujus erunt optima quoeque Israel?* (Reg. 9, v. 20). ¿De quién serán los dones, las gracias más escogidas y preciosas que Dios concede a los hijos de su Iglesia, sino de aquellos que procuran amarle con mayor perfección y unir en un todo su voluntad dulce y estrechamente con la voluntad divina?

A la verdad que no es posible formar cabal idea de las inestimables ventajas y utilidades que trae al alma cristiana el continuo empeño de procurar su propia perfección, esto es, el huir de los pecados aun veniales y el buscar en todas las cosas el mayor gusto de Dios. ¡Qué tesoro de bienes! ¡Qué de consuelos! ¡Qué plácida seguridad! ¡Qué riquezas de gracias!

Y habiendo visto que el Altísimo quiere que todos alcancemos esta perfección, y que no le es muy difícil a nuestra flaqueza fortalecida con el omnipotente auxilio de la gracia divina, ¡habrá algún alma piadosa y devota que no se sienta animada con la dulce esperanza de conseguirla, y viendo su belleza sobrehumana y su utilidad imponderable, no anhele vivamente adquirirla a toda costa y no haga desde luego los mayores esfuerzos por lograrla?

CAPÍTULO V Medios para llegar a la perfección cristiana

**SE DEMUESTRA QUE EL PRIMER MEDIO
PARA ALCANZAR LA PERFECCIÓN CRISTIANA
EN EL DESEO DE CONSEGUIRLA.**

Si hubiese de hablaros de todos los medios que pueden contribuir a la consecución de la perfección cristiana, sería menester que hiciese una obra sumamente voluminosa, que por cierto me sacaría del pequeño círculo que me he trazado, no habiéndome propuesto escribir más que un librito que se adaptara a toda clase de lectores, incluso los niños y las mujeres más sencillas e ignorantes. No queriendo, pues, apartarme de mi propósito, solo os señalaré dos medios de los cuales suelen depender todos los otros. El primero os pondrá en el camino de la perfección cristiana; el segundo os servirá de guía segura para que corráis por él.

El primero es el deseo de conseguir la perfección cristiana, y sin esto nada se hace. Nadie puede aprender un arte que no quiera aprender, y solo adelanta en él quien vivamente desea aprenderlo. Si queréis, pues, llegar a la perfección cristiana, tened muchos y vivos deseos de conseguirla. Ni creáis que huera a soberbia el deseo de lograr la perfecta santidad; el demonio es, dice Santa Teresa, quien a este santo deseo da un colorido de soberbia; no es soberbia, sino buena voluntad de hacer lo que Dios exige de nosotros; puesto que, repitámoslo cien veces, su voluntad es que nos santifiquemos: *Voluntas Dei sanctificatio vestra*. ¡Oh si todos tuviésemos esta santa soberbia! Seguramente que sería una soberbia santa la de querer hacernos santos.

*II

**ESTE DESEO DEBE SER EFICAZ Y HA DE PONERSE
EN EJECUCIÓN AL MOMENTO**

Pero este deseo no ha de ser irresoluto como el de tantas almas que quisieran santificarse y nunca se deciden a ello. "Estas almas se alimentan de deseos, dice San Alfonso; pero jamás dan un paso en el camino de Dios". "Es preciso empezar por una resolución fuerte y constante de darse enteramente a Dios, dice San Francisco de Sales, protestándole que en lo sucesivo queremos ser suyos sin reserva alguna, y renovar luego muchas veces esta misma resolución".

Observad además que es indispensable poner en ejecución al instante este eficaz deseo, y no diferido ni mucho ni poco, pues el tiempo de nuestra vida es breve y fugitivo. ¿Qué se adelanta con diferirlo inútilmente? ¿Qué se adelanta con dejarlo para mañana? Tanto más urgente es el que luego, luego os consagréis a una piedad fervorosa, cuanto que acaso gran parte de vuestra vida se haya perdido en flojedad y tibieza, y no sabéis cuánto tiempo os queda para bien emplearlo en el servicio divino. ¿No podría suceder que distaseis del sepulcro mucho menos de lo que os figuráis? Y si este tiempo que aun os queda fuese poco, o acaso poquísimos, y lo dejaseis correr sin aprovecharos de él para vuestra santificación, ¿dónde encontraríais quien os lo vendiera para mejor aprovecharlo cuando el vuestro hubiese tocado a su término? Con mucha razón dijo a su confesor una joven que hasta entonces había vivido con tibieza de espíritu: *Padre, quiero hacerme santa y quiero que sea pronto*. Sus años eran pocos, su salud excelente, prometiese larga vida, y sin embargo, dentro de algunos meses ya había de estar encerrada en la tumba, y nadie podía sospecharlo entonces. ¡Dichosa ella que por haberse dado al instante a la perfección cristiana, en aquellos pocos meses logró santificarse! Si sólo hubiese deseado, dejando para después la realización de sus buenos deseos, le hubiera faltado aquel poco tiempo que le quedaba, y ¡ay! ¡quién sabe si en vez del venturoso viaje que hizo para arriba con su ángel de luz, con el de tinieblas lo hubiese hecho en sus garras para abajo?

La perfección cristiana es un tesoro de valor infinito y de una belleza incomparable, y no parece regular diferir su adquisición. Yo estoy bien persuadido de que

si a un comerciante se le ofreciera un negocio en que pudiese ganar, dos millones, no había de dejarlo para alguna otra semana, para otro mes ni para cualquier otro mes ni para cualquier otro año. Pues tratándose aquí de una ganancia infinitamente mayor, ¿será justo, será prudente dejar que pase la ocasión preciosa? Desead, pues, haceros santa con resolución verdadera, y ponedla por obra al momento, porque es muy arriesgada cualquiera dilación.

***III**

**SE DEMUESTRA QUE EL NO HABER CUMPLIDO
OTRAS VECES LOS BUENOS
PROPÓSITOS, NO NOS DEBE ENTIBIAR EN ESTE DESEO.**

Ni permitáis que vuestro corazón decaiga con el maligno pensamiento de que acaso otras veces habéis intentado entrar en el camino de la perfección cristiana y que no lo habéis logrado, y por lo mismo tampoco lo conseguiréis ahora. ¡Pensamiento maligno! ¡Maligno como un demonio que a tantos ha hecho abandonarse a una desesperación funesta! Si hasta ahora no habéis salido con vuestro intento, quiere decir que no habéis querido salir con él. Habiendo dado el Señor el deseo de la perfección cristiana, también os había dado la gracia necesaria para conseguirla, pues nunca hace cosas inútiles, y hubiera hecho una muy inútil si dando un buen deseo no os hubiera dado igualmente su gracia para lograrlo. Bien sabe que sin el auxilio de esta siempre serán vanos todos nuestros buenos deseos, por lo cual no puede darnos un buen deseo, sin proveernos al mismo tiempo de la gracia necesaria para ponerlo por obra. Eres tú quien de esta gracia abusáis y no queréis valeros de ella. Así, pues, si no habéis perseverado en lo bueno, ha sido por culpa de vuestra voluntad y os santificaréis seguramente.

Ahora el Señor os da de nuevo el deseo de vuestra santificación, y éste es la prenda más cierta de la gracia con que os convida para que la consigáis. Empeñaos ahora en querer cumplir, resueltamente vuestro deseo, aprovechaos ahora de esta gracia y ahora lo lograréis. Santa Teresa os asegura "que no deja el Señor de favorecer los verdaderos deseos para que se pongan por obra". (Fundac). Y si aun te parece que te costará mucho trabajo el adelantar en la virtud, no por eso decaigáis de ánimo, proponed con más firmeza el haceros santos, y vuestra perseverancia en este propósito, en esta esperanza, al fin y al cabo os sacará airosos en tan importante empresa.

¿Y podéis dudarlo? Si es vivo este vuestro santo deseo, lo manifestaréis al Señor con súplicas fervorosas y perseverantes, y la oración todo lo alcanza cuando pide lo que conviene para la vida eterna, ¿y qué hay más útil para el logro de la vida eterna, que la perfección cristiana? Sí, os dice San Alfonso, aunque mil veces al día caigáis en faltas contra la perfección, no permitáis que os abata la desconfianza, levantaos otras mil veces orando y proponiendo nuevamente no recaer. La desconfianza acarreará vuestra ruina; la confianza, por el contrario, si es firme y constante, os salvará, haciéndolos llegar a la anhelada perfección. "Sean siempre nuestros pensamientos grandes y animosos que de aquí ha de venirnos nuestro bien". (Santa Teresa Conc. del Amor de Dios, sobre el Cantar de los Cantares). ¡Cuán miserables y pequeñuelos los corazones que se alimentan de ansiedades continuas, y si caen en alguna culpa, al punto se dan por rendidos como desesperados! ¡Oh cuán grave ofensa hacen los tales a la bondad del Señor! Humillémonos, arrepintámonos cuando faltemos, pero no nos abatamos, no nos confundamos nunca.

***IV**

**EL OTRO MEDIO PARA CONSEGUIR
LA PERFECCIÓN CRISTIANA ES TENER UN**

BUEN DIRECTOR ESPIRITUAL

El segundo medio que os propongo, os dirigirá por el verdadero camino de la perfección cristiana, sin dejaros ladear ni a derecha ni a izquierda, y hará que hagáis buen uso de todos los medios necesarios u oportunos para alcanzar la perfección y de los cuales os hablo. Un buen director, a quien debéis obedecer en todo y por todo: he aquí el blanco donde se han de dirigir vuestras miradas al entrar en la senda de la santidad: pedídselo a Dios y escogedlo bueno.

Los medios para conseguir la perfección, además del deseo de que ya se ha tratado, son muchos y muy varios: la oración vocal, la mental, la frecuencia de sacramentos, la mortificación, la devoción a María Santísima, etc.; más no se puede dar a todos una regla general, es preciso que cada uno de tales medios según sus circunstancias y según su posibilidad. Suele leerse en algunos libros devotos que quien a la perfección cristiana quiera llegar es menester que frecuente los sacramentos de tanto en tanto tiempo, que se ocupe en oración mental por espacio de... etcétera, que haga estas y las otras mortificaciones, etc. Todo esto estará bien dicho en general, pero no hablando en particular; todas estas son cosas que han de determinarse con variedad según las diversas condiciones, talento, capacidad, instrucción, ocupaciones y estado de las personas, y a un buen director es a quien toca asignar a cada alma lo que ha de hacer para llegar a la perfección, observando lo más conveniente a sus circunstancias particulares. Diverso método de vida aconsejará a la que vive en el claustro, a la que está en medio del mundo, a la soltera, a la casada, al comerciante, al campesino, al soldado, al literato, al ignorante, y así a los demás, santificándose cada cual siguiendo el camino que le trace su director, aunque los unos no hagan lo que hacen los otros. De alguno exigirá una hora de oración mental todos los días, contentándose con que otros recen la tercera parte del rosario, querrá que algunos comulguen cada ocho días y acaso con más frecuencia, dándose por satisfecho con que otros reciban al Señor una sola vez al mes. Poneos en sus manos, haced lo que os mandaré e iréis segura por el camino de la perfección cristiana.

También habéis de notar que si son diversos los métodos con que se puede llegar a la perfección, no todos son necesarios, y mucho menos a una sola persona. Dios llama a sí las almas, y las estrecha en sus dulcísimos brazos y se desposa con ellas amorosamente de diversos modos, queriendo de una mayor austeridad de vida, de otra oración más asidua, de estas más severo recogimiento y silencio, de aquellas más crecido número de obras de caridad y de celo. La gracia, que obra con fuerza, pero al mismo tiempo con suavidad, suele acomodarse a la diversa índole, carácter e inclinaciones de las almas, y sin destruirlas, las somete y las dirige al logro de la deseada perfección (1).

(1) Obsérvese cuán conforme es lo que vengo diciendo con el respetabilísimo dictamen de uno de los más grandes maestros de espíritu que han ilustrado la Iglesia. San Juan de la Cruz hace hablar al Esposo divino con el alma su esposa de la manera siguiente: "Si mis siervos reflexionaran atentamente sobre mis caminos, verían que no es uno solo, sino que son muchos los que tengo para traer a mi reino las almas, y si considerasen que la celestial Jerusalén no tiene una sola sino doce puertas, y atendiesen a que en la casa de mi Padre no hay una sola sino muchas mansiones, y tuviesen presente que la tierra de sus corazones en varias partes da varios frutos, no se empeñarían en vano en querer llevar a todas las almas por un camino y en hacerlas entrar por una puerta, en hospedarlas a todas en una misma posada y en exigir de todas ellas el mismo fruto... ¿No te acuerdas que al repartir mis talentos y mis gracias a uno di un talento, a otro dos y al tercero cinco? De nada sirve que algunos de mis siervos se empeñen en que adquiera dos talentos de oración quien de mi no ha recibido más que uno y en que tenga cinco aquel a quien no he dado más que dos. Mi vocación es más fuerte que la de ellos, y por tanto poco les aprovecha el que llamen a las almas por un camino cuando yo les señalo otro". De todo lo cual se debe deducir,

que no se ha de exigir de cada alma que cumpla con esta o aquella práctica particular, (con tal que no sea de las de precepto) que es necesario observar a donde llega la capacidad de cada una y según esta dirigir a cada cual hacia la perfección.

Y a fin de hacer esto más palpable con un ejemplo particular, ¿qué práctica más útil que la oración mental para llegar por ella a la perfección? Sin embargo, ¿no es cierto que no puede exigirse de toda clase de almas este ejercicio tan santo? Oigamos de nuevo a San Juan de la Cruz en su tratado de las espinas: dice el Esposo en el coloquio octavo: "El primer camino es el de la oración vocal, a quien la doy le entrego un talento y tan bueno que si lo sabe emplear comprará con él el cielo..."

No pocas almas al abrir la boca para rezar el rosario u otras oraciones y aspiraciones devotas, al momento sienten en sí el divino fuego de la piedad, y luego que cierran los labios, se les acaba toda la devoción y se hiela su espíritu. Ahora bien, ¿quién negará que este camino se hizo para ellas y que por él debe llevarlas el confesor?.

"Si no puedes meditar, hija mía, o desees aquello que no quiero yo que puedas, pues con querer lo que yo no quiero no se llena tu deseo, y para ti es tormento el que no se cumpla. Principia, pues, a querer lo que yo quiero y lo conseguirás y bajará a ti la paz. Si yo no te doy estos dos talentos ¿quieres tú arrancármelos de la mano por fuerza? (Dice que da dos talentos a quien da el don de la meditación). No ciertamente, humíllate y toma lo que te doy, y esto sin duda es para ti mejor que el cumplimiento de tu deseo".

Pero no quisiera que de esta doctrina alguno infundadamente dedujese que hago yo poco aprecio de las prácticas devotas y en particular de la meditación. Tan lejos estoy de semejante cosa, que por la divina misericordia me animan los más vivos deseos de que todo el mundo se dedique las prácticas devotas y en especial a la meditación. Lo que digo y lo que quiero persuadir, es que esta o aquella práctica devota (con tal que no sea de las de precepto) no es necesaria para todos y que cualquiera por muy poco que pueda o sepa hacer, siguiendo la dirección de su confesor puede llegar a conseguir la perfección cristiana; porqué con esto desaparecerían muchas aprensiones inútiles, perjudiciales y destituidas de todo fundamento.

Los libros por buenos y santos que sean, hablan siempre en general y nada pueden determinar acerca de lo que debe hacer esta o aquella alma; al director corresponde dar las determinaciones y las reglas particulares, sin las cuales las generales serían infructuosas y acaso nocivas queriendo ponerlas en práctica sin consideración ni discernimiento. Así, pues, en este importantísimo negocio de vuestra santificación procurad echar mano de todos los medios oportunos, pero habéis de someteros y obedecer en todos los mandatos, insinuaciones y consejos de vuestro Director espiritual.

***V**

SE PRUEBA LA NECESIDAD DE LA OBEDIENCIA AL DIRECTOR ESPIRITUAL

La obediencia es la primera virtual que se requiere en vos para que os aprovechéis de los consejos y reglas de espíritu que os da vuestro director. ¡Pero ay si fueseis de los que dicen que aspiran a la perfección cristiana y son desobedientes a su director! En vez de perfeccionaros os iríais empeorando de día en día. Obedeced, obedeced en todo sencillamente, no presumáis llegar a ser santa con el vicio de la desobediencia. ¿Sería posible que siendo la humildad el fundamento de la santidad, quisieseis ponerle por base la desobediencia que es una de las peores hijas de la soberbia? Guardaos también de la orgullosa pretensión de adivinar el por qué os manda o prohíbe alguna cosa; guardaos de aquella diabólica sospecha de que acaso vuestro director no os entienda o no os conozca a fondo. Dios asiste al confesor, Dios le ilumina; él sabrá la razón por qué os manda o prohíbe algo y no habéis de averiguarla vos. El Señor le da a conocer el estado de vuestra conciencia; si no lo estuviese viendo con

claridad, nada os mandaría; pero cabalmente porque os conoce y os entiende, os prescribe esto y eso otro. Semejantes pretensiones y sospechas son origen de las más funestas desobediencias. Parece imposible que algunas almas que quisieran ser devotas se dejen arrastrar por Satanás, por el gran demonio de la soberbia, o desobedecer continuamente a su director y que mientras escrupulizan en todo no tengan el más mínimo escrúpulo de vivir en continua desobediencia. El mismo Papa vicario de Jesucristo, cabeza y maestro de toda la Iglesia católica que tiene tanta doctrina, tanta luz y tanta autoridad para mandar a todos los Prelados y a todos los fieles del mundo cristiano, el mismo Papa en lo que concierne a su propia conciencia debe sujetarse a su Director espiritual y obedecerle en todo y por todo. ¿Y podrá hallarse pretexto alguno razonable para que Petra o Lucía, Diego o Francisco no obedezcan? ¡Cierto que tendrían buen modo de santificarse! Líbrenos Dios de imitar tan insensata conducta.

Preguntaréis en qué se ha de obedecer al confesor; a lo cual ha de responderse en una sola palabra: en todo lo tocante a vuestro espíritu; en lo relativo a lo que debéis acusaros o no acusaros en la confesión, en lo concerniente a la mayor o menor frecuencia de vuestras comuniones, en todo lo que toca a la oración y demás prácticas devotas que habéis de entablar o dejar, lo mismo que en punto a mortificaciones, etc., etc. En todo esto y en cuánto tenga relación con el gobierno interior de vuestra alma debéis obedecerle (1).

(1).- Notad bien esta sentencia de Santa Teresa. "Viendo el demonio que no hay camino que tan pronto conduzca a la perfección como el de la obediencia, os pone en él muchos tropiezos y disgustos so color de bien". (Fundac). Por tanto si tu también te sientes tentada a desobedecer bajo el pretexto del mayor bien, por amor de Dios os ruego que no hagáis caso de esa sugestión diabólica.

***VI**
SE DEMUESTRA QUE NO ES MUY DIFÍCIL
TENER UN BUEN DIRECTOR, Y QUE
AUN CUANDO NO PUDIÉSEMOS LOGRAR UNO MUY
BUENO, DIOS SUPLIRÍA
A SU INSUFICIENCIA.

El punto está, diréis, en que es preciso que ese director sea bueno; y he aquí la gran dificultad, la de hallar un buen director. Pero ni aun por esto os asustéis; ya hemos visto que no es muy difícil hallar un buen director, acaso pudiera decirse que no es tan cierto lo que llevo ya demostrado. Y en primer lugar os pregunto si os halláis donde hay muchos confesores de modo que podáis escoger, o donde no haya más que uno y tengáis que contentaros con él. Si estáis donde no haya más que un solo confesor, y por la distancia no podéis dirigiros a otros, aquel confesor será bueno para ti, puesto que viendo el Señor vuestra buena intención y excelente deseo de hacer os santa, lo hará bueno para ti aunque por sí mismo no lo sea. Él es quién, como dice el profeta, muchas veces hace elocuentes las lenguas de los niños: *Linguae infantium fecil disertae*. Y aquel a quien nada cuesta hacer hablar sabiamente a los niños inexpertos cuando sus palabras han de contribuir a su gloria, no hallará dificultad en hacer hablar con prudencia y sabiduría para vuestro provecho espiritual a un ministro suyo, aunque no sea muy instruido ni muy experimentado. Cuando un penitente se llega al confesionario con buena voluntad, es Dios quien habla por boca del confesor, y así es que aunque este no sea sabio ni santo, muchas veces lo son sus palabras. Ea, pues, si no podéis escoger y habéis de contentaros con el único confesor que hay donde estáis, vivid segura de que os dirigirá bien, porque la inefable bondad de la divina Providencia no había de permitir que

os dirigiera mal.

***VII**
CUANDO ES DABLE ELEGIR SE HA DE ESCOGER
UN BUEN DIRECTOR: VARIAS ADVERTENCIAS
PARA HACER BIEN ESTA ELECCIÓN.

Muy pocos son los que se ven en precisión de presentarse a determinado confesor sin poder recurrir a otro. Siempre hay varios en las ciudades y en los pueblos de alguna consideración, y aun donde no se halle más que uno, muchas veces se puede recurrir a los de los lugares circunvecinos; y por tanto no cabe duda en que, cuando es posible, se debe escoger y no tomar el primero que se nos presente. Todos los confesores serán buenos, pero no todos son igualmente buenos. Los confesores son como los médicos, que serán todos buenos para curar las enfermedades, pero no todos son igualmente doctos y prácticos en ellas; y si creemos que es un deber llamar a uno de los más acreditados y mejores médicos para la curación de nuestras dolencias corporales, ¿no estaremos con más razón obligados a escoger para la curación y amorosa asistencia de nuestra alma un confesor bueno y docto?

Aquí se ofrece a primera vista una grave dificultad, y es como podrán discernir cual sea buen confesor la candorosa hija de familia, la mujer sencilla, el rústico aldeano, el labrador ignorante, etc. La cosa parece difícil, pero estos mismos si quieren hallarlo, lo hallarán muy bueno; y si vos pertenecéis a esta clase de personas de que acabo de hablar, en primer lugar encomendaos a Dios para hacer con acierto tan importante elección; y os aseguro que Él suplirá todo lo que os falte de previsión y discernimiento; será excelente medio el que hagáis una novena al Espíritu Santo y que interpongáis la intercesión de María Santísima y la de vuestro ángel custodio; veréis que buscando de esta suerte un buen director espiritual, la divina Providencia os proporcionará el que más os convenga. Acordaos también de la comparación del Evangelio, que dice que un buen árbol produce buenos frutos, y que uno malo no los puede dar. Las obras, la conducta de los ministros de Dios dan mucha luz para conocer si son verdaderamente buenos y tales que merezcan confiarles la dirección de nuestras almas.

Pero quiero suponer que os halláis en un lugar donde todos los confesores sean buenos y puedan todos compararse a los árboles que producen buenos frutos; trátase de escoger uno de los mejores entre los buenos; trátase de escoger uno de los mejores entre los buenos; en este caso debéis reflexionar que tan cierto es el que los buenos árboles producen buenos frutos, como lo es el que los mejores árboles producen mejores frutos; siguiendo esta regla entre los confesores que presentan a vuestra elección, preferiréis a alguno de los que por sus buenas obras y por su edificante conducta sacerdotal se distinguen aun entre los buenos. Elegid por tanto entre los que celebran más devotamente la misa, a los que tienen mayor espíritu de oración, fama de más instruidos, y si predicán (sin olvidar que hay excelentes confesores aun entre los que nunca suben al púlpito) muestran mayor empeño por la salvación de las almas, y viviendo enteramente consagrados al ejercicio de su santo ministerio, están más lejos de mundanos pasatiempos y frívolas conversaciones. Entre éstos hallaréis no solo los buenos, sino también los mejores confesores; entre éstos habéis de escoger el que mejor os parezca. Habiendo hallado un buen Director espiritual, no lo dejéis por otro sin razonable motivo, y consideradlo como otro ángel que el Señor os ha enviado para que junto con el que os señaló por custodio, os lleve a la dichosa patria de bienandanza y gloria perdurable.

***VIII**
PROTOTIPO DE UN BUEN DIRECTOR

Si además quisieseis un prototipo de un buen director para escoger el que más se le parezca, voy a presentároslo. Pero ¿a quién elegiré entre tantos excelentes directores de espíritu como han ilustrado la Iglesia? A millares se me ofrecen, todos admirables y dignos de tomarse por modelo; pero todos los otros me perdonen ahora, pues quien en este momento se atrae mis miradas es el dulcísimo San Felipe Neri. Dejado aparte los dones extraordinarios de que el Señor le enriqueció y que no podemos pretender en nuestro director, he aquí el prototipo de los confesores. Era tan ardiente su celo en oír confesiones que permanecía en el confesionario aun cuando nadie se presentase a confesarse, con la esperanza de que algún pecador aprovecharse aquella ocasión; y si alguno se le llegaba se mostraba tan dispuesto que al instante interrumpía el rezo del oficio divino.

Siempre apacible y hasta festivo era sobremanera amable en sus modales y trato: su corazón se dilatava en ofreciéndole oportunidad de consolar al afligido, de tranquilizar al que había perdido la paz interior, de animar al pusilánime o de inspirar confianza al desesperado. Esculpía en sus penitentes la magnífica idea que él tenía de la divina bondad, los encendía en el santo fuego en que él estaba abrasado y por este medio lograba hacer de ellos otras tantas águilas, que incesantemente volaran al reino de la salvación eterna. Era sumamente enemigo de los escrúpulos y de todas aquellas sutilezas y desconfianzas, que éstos traen consigo con tanto daño de la perfección cristiana. Nunca salió de su boca una de esas máximas de rigor, que no sirven más que para entibiar en el amor divino a las almas de mejor voluntad y para hacerles olvidar que Dios es un padre tierno y bondadoso. Se acomodaba a todos los genios, a todas las condiciones, a todas las edades, de modo que sin violencia alguna arrastraba dulcemente hacia Dios a cualquiera que le tomara por guía. Hablaba con sabiduría al sabio, se hacía ignorante con los ignorantes, y niño con los niños, todo para todos, como San Pablo, *omnibus omnia factus*. Esmerábase tanto en la virginal pureza, que después de haber confesado por espacio de treinta años a una señora célebre en Roma por su rara hermosura, aun no la conocía de vista. Vivía tan desprendido de los bienes de la tierra, que vendió hasta sus libros para hacer limosnas con su importe; y tan devoto era de la Santísima Virgen que, aun estando enfermo, las noches enteras se las pasaba hablando con la Reina del cielo, con tal dulzura que embelesada la persona que le asistía en su enfermedad, se figuraba que habían sido un instante aquellas largas horas, habiendo llegado el caso alguna vez de creer que hacía poco que había anochecido, cuando la aurora del nuevo día ya desvanecía las sombras de la noche pasada.

He aquí un admirable prototipo de los directores de espíritu; no diré que lo busquéis igual, porque sería muy difícil hallarlo; lo que os encargo es que vuestra elección recaiga en quien tenga con él alguna semejanza, especialmente en estos puntos de tan grave importancia.

Por último, alma devota, si queréis recompensarme de algún modo el celo por vuestra salvación que me ha impulsado a escribir esta obrita, haced las tres cosas siguientes que os aconsejo y os pido con mucho encarecimiento. 1ª Que la volváis a leer reflexionando sobre cada capítulo y sobre cada cláusula. 2ª Que roguéis al Señor que imprima en vuestro corazón los sentimientos que yo he querido excitar en él, y grabe en vuestro entendimiento las buenas ideas que yo desearía que se esculpieran indeleblemente. 3ª Que supliquéis a la Santísima Virgen que supla con su intercesión poderosa mi insuficiencia para inculcaros estas máximas de consuelo y de vida eterna, mostrándo, como lo es, fácil y muy fácil el conseguir la perfección cristiana y correr por el camino que conduce a Gloria.

APÉNDICE

Idea del santo temor de Dios que debe de procurar el alma devota

Yo te suplico, querida hija, por el honor de Dios, que no temas a Dios, porque a nadie quiere hacer mal alguno; ámale, ámale mucho porque quiere hacer mucho bien". Así San Francisco de Sales a un alma devota (cartas espirituales P.2). Si estas palabras no fuesen de un santo, a muchísimos podrían escandalizar y en particular a las almas devotas. ¿Con que San Francisco de Sales, dirían, desapruera el temor de Dios, aquel temor que es el principio de la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo? ¿Y puede ser santo quien a un alma devota suplica y ruega que no tema a Dios? Pues sin embargo, estas palabras son dignas de un santo, y de un santo tan célebre en la ciencia espiritual como lo es San Francisco de Sales, y me habéis de permitir que os las recomiende encarecidamente. Pero no creáis que San Francisco de Sales desapruera el temor de Dios, aquel temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo; lo que desapruera es aquel temor que nace de desconfianza, que produce inquietud y en vez de honrar a Dios le deshonorra, por tanto le ruega que no tema a Dios *por el honor de Dios*. Y este temor que nace de desconfianza y produce inquietud y no honra al Señor, es el que yo quisiera alejar de vos, oh alma devota, porque ningún bien os haría y podría haceros mucho mal.

El santo temor de Dios es el fundamento y la base de la perfección cristiana, por lo cual es sumamente necesario aun a las almas más devotas y más santas, condenándose con sobrada justicia a aquellos falsos místicos que enseñan que el temor de Dios se opone a la perfección de la caridad, esto es, del amor de Dios; y por tanto yo deseo que el temor de Dios os acompañe siempre, para que por su medio os preservéis siempre del pecado. Pero por otra parte es preciso que tengáis una exacta idea de este santo temor; si la tenéis cual debe ser, contribuirá mucho a vuestro adelantamiento en la perfección cristiana; si os lo pintáis caprichosamente, en vez de aprovecharos, os hará pusilánime, desconfiada, temblorosa, y os quitará la paz del corazón. Observad, pues, cómo os lo pinto, que de él me proponga daros una verdadera idea.

*I

EL SA NTO TEMOR DE DIOS DEBE SER TRANQUILO

El santo temor de Dios se distingue en servil y filial. Es servil cuando tememos ofender al Señor por miedo a sus castigos. Teméis pecar y os duele haber pecado porque se os amenaza con el infierno y con la pérdida del cielo; pues bien, este es un temor servil, y aunque no sea perfecto y hablando en rigor no sea aquel que es uno de los siete dones del Espíritu Santo, es temor bueno y saludable como define el Concilio de Trento (ses. 6,cap.6) y una moción del Espíritu Santo (ses. 14, se.4).

Es filial cuando tememos ofender a Dios por lo que le desagrada el pecado temiendo agraviar su bondad infinita, que merece un amor infinito; y este es el temor verdaderamente perfecto y uno de los siete dones del Espíritu Santo (Santo Tomás 22, q. 19, a.9). El santo temor de Dios sea servil o filial procede del Espíritu Santo; pero el espíritu del Señor es espíritu de paz, de orden, de tranquilidad, y no puede ser espíritu de turbación, de confusión y desorden, por tanto el temor que inspira ha de ser pacífico, ordenado y tranquilo. Así, pues, cuando veáis que el temor de la muerte, de los juicios divinos y del infierno os turba, os confunde y desconcierta hasta quitaros el sosiego, decid que no es el buen temor inspirado por Dios; y esta es una regla aprobada por todos los

maestros de espíritu, particularmente por San Ignacio de Loyola y San Francisco de Sales.

***II**

**CUANDO EL TEMOR NO ES TRANQUILO
IMPIDE EL BIEN Y PUEDE HACER
MUCHO MAL.**

Reflexionad sobre lo que pasa en vuestra alma cuando se halla agitada por desordenados temores y aterradoras aprensiones. ¿No es cierto que entonces vuestra oración es árida y distraída de modo que no sentís los acostumbrados consuelos ni sacáis de ella aquella fuerza de resolución ni aquellos propósitos, que son su ordinario fruto cuando la hacéis con el corazón tranquilo y con la mente serena? ¿No es cierto que andáis como desconfiada de alcanzar las gracias que pedís y que vuestra desconfianza es mayor, cuanto mayores son y más importantes los favores que solicitáis? ¡Y cuán miserable estado el vuestro cuando os acercáis a los santos sacramentos! Con aquellos continuos miedos de no estar bien dispuesta, os perdéis en mil inútiles pensamientos, escrúpulos y devaneos de conciencia, que abaten vuestro espíritu y os privan del consuelo y de la fortaleza que da el fervor de una contrición pacífica y sosegada. De aquí es que cuando os llegáis a la mesa del augustísimo sacramento os trae angustiada la crueledad de que tal vez estaréis infecta de ocultas culpas mortales y por tanto en desgracia de aquel Jesús, que entra en vuestro corazón, y esto amortigua grandemente la devoción y apaga la llama del amor divino. ¿Y no puede suceder, por último, que os canséis de la vida devota no hallando en ella sino inquietud y amargura, que por lo mismo vayáis dejando la oración y apartándoos de los santos sacramentos, como lo han hecho otros muchos, en quienes llegaron a dominar excesivos temores y atormentadoras inquietudes? Huid de este peligro procurando conservar la tranquilidad del corazón.

***III**

**MEDIO PARA CONSERVAR LA PAZ DEL
CORAZÓN**

Si eres de aquellas almas que se aterran mirando a Dios por el lado de su infinita justicia, apartad de ahí los ojos y ponedlos en su bondad infinita. Generalmente hablando conviene contemplarle ya como juez severo, ya como padre de misericordia, porque Dios quiere ser temido y amado, por lo cual deben ser objeto de nuestras consideraciones la terribilidad de sus juicios y la inefable dulzura de sus misericordias. Pero se ha de advertir que mientras en el amor de Dios no cabe exceso ni es posible ponerle límite alguno, como dice San Bernardo, *modus diligendi Deum est diligere sine modo*; en el temor de Dios es muy factible excederse y pasar los confines del temor filial, de modo que cuando un alma ya teme a Dios bastante y su temor llega a quitarle la paz del corazón y la serenidad de la mente, no debe empeñarse en aumentarlo con la consideración de la divina justicia y de sus castigos, antes bien ha de emplear todo su conato en moderarlo y hacer que predomine la confianza que inspira el amor considerando la bondad divina y la magnífica, efusión y ternura de su misericordia. En tal caso os aconsejo que recurráis a contemplaciones de orden muy diverso, y creo que estáis obligada a meditar con la mayor frecuencia posible en la pasión del Señor, en el Santísimo Sacramento del altar, en la misericordia de Dios, en la gloria, en los beneficios recibidos y en otros asuntos semejantes que llenan el corazón de confianza y de amor; por el contrario, los pensamientos sobre el juicio, en infierno y otros a este tenor los

habéis de reservar para cuando hayáis recobrado la paz del corazón, si que entre tanto os duela no oír predicar sobre estas materias ni leer los libros que de ellas tratan.

Pero el Espíritu Santo, me diréis, nos exhorta a considerar los novísimos, entre los cuales se hallan el juicio y el infierno, y me aconsejáis que no piense en ellos? Sí, os lo aconsejo, porque haciendo el Espíritu Santo una exhortación general a todos los cristianos en común, ésta viene a ser como una regla general, que sin embargo admite sus excepciones, las que precisamente se han hecho para vos por la debilidad de vuestro espíritu, que os precipita en un temor excesivo y se acobarda y se espanta a vista de aquellas formalidades verdades. También enseña el Espíritu Santo en varios lugares de la Sagrada Escritura, que el vino alienta y corrobora, lo cual es indudable y ha de tenerse por regla general en que caben algunas excepciones; pues, en efecto, dado a la mayor parte de los enfermos, en vez de reanimarlos los empeoraría, y ved aquí la excepción particular.

Si acaso os parece extraña esta doctrina, leed el coloquio 7.º n. 4, del tratado de las espinas de San Juan de la Cruz; y hallaréis que este gran maestro de espíritu no vacila en enseñar que hay algunas almas, a las cuales no llama Dios a la meditación de los novísimos, de donde resulta que inútilmente se empeña algunos en guiar a ciertas almas por el camino del temor, siendo así que no pueden obrar sino por amor según las adorables disposiciones de la Voluntad divina. Leed también a San Francisco de Sales (cart. lib. 3.º c. 19). "Pasad por alto en los libros aquellos lugares donde hablan de la muerte, del juicio y del infierno, pues por la misericordia de Dios estando tu firmemente resuelta a vivir como buena cristiana, no tenéis necesidad de que se os induzca a ello por medio de horrores y de espantos". He aquí, pues, cómo no me aparto de la doctrina de los santos; pero al mismo tiempo quiero fundarme en razones teológicas. ¿No basta el amor de Dios para hacernos santos? Sin duda que sí, y en tanto que ninguna otra cosa puede santificarnos sin el amor de Dios, éste por sí solo basta aunque todo lo demás faltare. Ahora bien: ¿no serán suficientes para encendernos en el más perfecto amor de Dios las meditaciones de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, de los inmensos e innumerables beneficios que nos ha hecho y de la gloria que nos ha preparado? Y si llegamos a encendernos en este amor divino ¿Qué nos faltará para ser santos? (1). Me diréis que el santo temor de Dios es el principio de la sabiduría, esto es, de la perfección cristiana. ¿Pero no tenéis ya el temor de Dios, antes bien no lo tenéis un poco excesivo, de modo que le acompañan inquietud y turbación? Sí, lo tenéis ya; luego no es preciso afanarse en buscar lo que ya se posee. Me replicaréis que os es posible perderlo dejando de ejercitaros en aquellos pensamientos que lo conservan; a lo cual os responderé que viváis tranquila, pues mientras tengáis amor de Dios, no os faltará su temor santo; porque cualquiera que le ama necesariamente teme el infierno, que es la eterna separación de Dios y donde la mayor desventura es el haberle de odiar.

Notad bien esta verdad; el temor de Dios puede subsistir sin el amor, como sucede en los que se arrepienten de sus pecados solo por atrición; pero el amor de Dios jamás puede hallarse separado de su santo temor. Ni por esto vayáis a figuraros que yo trate de enseñar que habéis de olvidar para siempre aquellas verdades de fe tan propias para excitar en nuestros corazones el temor de Dios; lo único que digo es, que atendida vuestra espiritual flaqueza que ahora os hace temer excesivamente y os arrebatara el sosiego del alma, os abstengáis de aquellas consideraciones hasta que, mejor fundada en la confianza del Señor, le temáis, sí, pero le temáis tranquilamente, como este tierno y amoroso padre quiere que le teman sus hijos.

***IV**

NO SE DEBE PERDER LA TRANQUILIDAD DEL CORAZÓN POR LOS DEFECTOS Y

NI AUN POR LOS PECADOS EN QUE SE CAE.

Aquí podría decir mucho y haceros tocar con la mano que no es virtud el confundirse y caer de ánimo cuando se ha tenido la desgracia de incurrir en imperfecciones y aun en pecados visibles, y que por el contrario esto es efecto de una especie de soberbia secreta, como lo afirman todos los maestros de espíritu: lo único que yo quiero es que me digáis si habéis leído alguna vez u oído decir que el desaliento y el espanto borren nuestros defectos y pecados. Aseguraría que nunca habréis leído ni oído semejante cosa. Los pecados no se borran sino con el arrepentimiento. Por consiguiente, si tenéis la desgracia de caer en alguna culpa, aunque fuere gravísima (de lo cual os guarde Dios y ciertamente os guardará si siempre deseáis amarle), humillaos, arrepentíos, pero con sosiego y con paz, que este es el verdadero modo de alcanzar misericordia y de asegurar la enmienda. ¡Cuán dignas de compasión son aquellas almas que por cualquier friolera se alteran, se desconciertan, se confunden! Basta que incurran en una imperfección para que desalentadas y como despavoridas se lleguen al confesor que no halla modo de tranquilizarlas. Nada bueno puede esperarse de tamaño desaliento, zozobra y confusión.

*V

NO SE DEBE PERDER LA TRANQUILIDAD POR LA INCERTIDUMBRE DE ESTAR EN GRACIA DE DIOS

Aunque en el capítulo 4.º, *3.º ya haya indicado que podemos tener una verdadera certeza de estar en gracia de Dios, cuando o no nos acordamos de haber nunca cometido ningún pecado mortal, o bien habiéndolo cometido hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte para lograr que se nos perdone; no obstante, por ser éste un punto poco o nada dilucidado en muchos libros espirituales, de suma importancia para la quietud de las almas y que muchísimas gentes entienden muy mal, creo necesario volver a esta materia y exponer la doctrina segura y verdadera. Como puede verse en el Cardenal Belarmino (De Justis., lib. 3, c. 9, et seg.) quien trata largamente esta controversia contra los herejes, el sacrosanto Concilio de Trento ha definido que con infalible certeza de fe no podemos estar ciertos de que estamos en gracia de Dios; y esto es indudable, tanto por la autoridad infalible del Concilio, como por razones teológicas; pues ninguna verdad puede ser de fe si no ha sido revelada y Dios jamás ha revelado a su Iglesia el estado particular de las almas, esto es, si aquellas o las otras se hallaban en su gracia. Por otra parte, afirmando que no podemos con certeza de fe infalible saber si estamos en gracia de Dios, no se dice que estemos inciertos y que debamos vivir en perpetua duda de si somos o no amigos de Dios. Nosotros los genoveses sabemos ciertamente que existe Génova. Pero por ventura ¿lo sabemos por la fe de una manera infalible? No, pues jamás ha revelado Dios la existencia de la ciudad de Génova; sin embargo, lo sabemos y tenemos una certidumbre física, pues la vemos y habitamos dentro de sus murallas. También sabemos de positivo que existen Londres, París, Nápoles, Milán, etc.; pero solo lo sabemos (no habiendo visto aquellas ciudades) con certeza moral y humana, asegurándonos de innumerables modos que verdaderamente existen las mencionadas capitales. Un amigo está cierto de que le ama su amigo, y esta es una especie de certidumbre conjetural, porque tiene muchas pruebas del afecto de aquel amigo.

Y ved aquí cómo estamos ciertos de muchas cosas, aunque no podamos creerlas por fe divina e infalible, cual creemos las verdades reveladas por Dios; asimismo con fe *humana, moral, conjetural*, también podemos estar ciertos de que nos hallamos en gracia

de Dios). Estas son las palabras precisas que usa el Cardenal Belarmino en el lugar citado: *certitudo, conjecturalis, certitudo humana, et moralis non fidei*. De esta suerte podemos tener verdadera certeza de que estamos en gracia de Dios, porque la certidumbre *humana, moral, conjetural* es verdadera certeza. Por lo cual, cuando leamos que el hombre no puede saber si está o no en gracia de Dios, entenderemos que entonces se habla de aquella certeza de fe infalible que únicamente se tiene en las verdades reveladas; más nosotros, entre tanto, humanamente hablando, podemos estar seguros de ser amigos de Dios; pues o no tenemos conciencia de haber cometido pecados mortales o habiéndolos cometido nos hemos debidamente arrepentido de ellos. Vos indudablemente, oh alma devota, o sois de las que no saben haber ofendido jamás al Señor gravemente, o de las que ya han detestado sus pecados. Podéis, pues, estar segura de que el Señor os tiene en su gracia, y aquella incertidumbre no os debe quitar la paz del corazón.

***VI**

**SI SE DEBE PERDER POR LA POSIBILIDAD
DE TENER ALGÚN PECADO
MORTAL OCULTO**

Acaso me replicaréis que podéis tener algún pecado mortal oculto y estar por consiguiente en desgracia de Dios sin saberlo. Pero yo os respondo que este temor de los pecados mortales ocultos, es un vano espantajo en aquellas almas que desean y procuran amar a Dios. No negaré que los que viven olvidados de Dios y de la eternidad, puedan fácilmente tener ocultos hasta graves pecados. Tampoco negaré que las almas piadosas tengan ocultos algunos pecados veniales, y que por tanto deban decir con David *ab occultis meis munda me Domine*; los primeros tienen pecados ocultos de la clase de los mortales, porque no hacen oración ni oyen la palabra de Dios, y así es que faltan gravemente a sus deberes por culpable ceguera e ignorancia; las otras tienen ocultos algunos pecados veniales, porque muchas faltas no bien advertidas se cometen por la humana fragilidad, y de éstas dice la Sagrada Escritura que el justo cae siete veces, *septies enim cadet justus*. Pero las almas que desean amar a Dios, hacen oración, frecuentan los sacramentos y escuchan la divina palabra ¿pueden tener pecados mortales ocultos? Veámoslo teológicamente: el pecado no puede ser mortal si no es plenamente advertido o en sí o en su causa, que puede ser una ignorancia gravemente culpable y por consiguiente también plenamente advertida. Si el pecado es plenamente advertido en sí mismo, ya no puede ser oculto. Y a la verdad ¿cómo es posible que habiendo yo comido carne en día de viernes, advirtiéndome que hago una cosa gravemente prohibida, no conozca que he pecado? Lejos de estarme oculto semejante pecado, se me dejaría ver con toda claridad. Fácilmente pueden darse pecados mortales ocultos cuando provienen de una ignorancia gravemente culpable, cual se halla en aquellos que violan los preceptos de la ley de Dios o de la Iglesia, porque no quieren instruirse en ellos. Pero no cabe en vos esta ignorancia. ¿No oís con frecuencia sermones e instrucciones catequísticas? Sí. luego debéis estar instruida en vuestros deberes; y si aun ignoráis algo y precisamente en ese algo faltáis, no se os debía culpar de esta ignorancia, porque no la queréis y la falta que cometáis nunca podrá ser pecado mortal, pues nunca sucederá que se peque por desgracia sin malicia; y ciertamente que pecaría por desgracia y sin malicia, quien haciendo lo posible por instruirse e ignorando todavía algún punto, se hallase con la mancha del pecado mortal sin advertir que había obrado mal. Dejaos de esa tontería del pecado mortal oculto. San Francisco de Sales, Santa Teresa, San Alfonso, y todos los mejores maestros de espíritu, os enseñan que el pecado mortal es un monstruo horrible, que no puede entrar en un alma que teme a Dios sin que claramente se le vea.

Hay más: yo quiero suponer que ahora tengáis algún pecado mortal oculto, que no conocéis y del cual por lo mismo no pensáis ni arrepentiros ni confesaros. ¿Tenéis, pues, un pecado mortal oculto? Y bien, ¿por cuánto tiempo manchará vuestra conciencia? Para siempre, me responderéis, hasta que lo conozca, me arrepienta de él y lo confiese. Y no me habréis respondido bien. Vamos otra vez a echar mano de un poquito de Teología. Es doctrina de la Iglesia Católica que la caridad perfecta no puede estar en unión del pecado mortal, y el sentir contrario fue condenado entre las blasfemias de Bayo; de aquí es que todos los teólogos católicos enseñan que un acto de puro amor de Dios, el cual se hace cuando se ama a Dios sobre todas las cosas, porque es un bien infinito, borra cualquier pecado mortal aunque sea de los reservados al Papa; y lo borra, porque un acto de puro amor de Dios contiene la contrición del pecado y el propósito o deseo del sacramento de la penitencia; por tanto, si tuvieseis oculto un pecado mortal tan grave, que solo el Papa pudiera absolverlo, si tuvieseis ciento, si tuvieseis mil, con hacer vos un acto de amor de Dios, con rezar de todo corazón el acto de caridad, y lo que aun sería mejor, el de contrición, todos os serían borrados, y de repente os hallaríais en gracia de Dios; entendiéndose que quedaríais obligada a confesar aquellos pecados cuando con el transcurso del tiempo los conociereis (2). Si no hiciereis actos de caridad y contrición, por lo menos os serían perdonados en la primera confesión; pues también enseña la sana Teología que en la confesión no solo quedan perdonados los pecados que se confiesan (cuando el dolor sea por motivo universal, por ejemplo, por haber merecido el infierno) sino también todos los demás que no se recuerdan o no se conocen y por tanto se callan sin malicia. Ved, pues, cuán poco cuidado os deben causar los pecados mortales ocultos, cuyo temor es para vos un verdadero espantajo, con el cual os aterra el demonio para quitaros la paz del corazón.

*VII

NI SE DEBE PERDER POR EL TEMOR DE NO HABERNOS ARREPENTIDO BIEN DE LOS PECADOS DE LA VIDA PASADA

Pero me persuado que aun no estaréis satisfecha ni dispuesta a tranquilizaros, pues me parece que os oigo decir: "Mucho temo no estar aún bien arrepentida de las culpas de la vida pasada, y por lo mismo no puedo estar segura de que Dios me las haya perdonado". Tú lo decís. ¿Y qué motivo tenéis para decirlo? ¿En qué se funda vuestra duda de no estar bien arrepentida? Si entráis dentro de ti misma, con poco que reflexionéis se os ofrecerán algunas razones que os convenzan de que vuestro arrepentimiento no ha dejado de ser verdadero y sincero. ¿No es cierto que si en vuestra vida pasada cometíais pecados mortales, os habéis enmendado y al presente ya no los cometéis? ¿No es cierto que vuestra vida es ahora muy diversa de la de entonces? ¿No es cierto que ahora preferiríais la muerte al criminal desahogo de vuestras pasiones, siendo así que entonces por satisfacerlas os metíais voluntariamente en el fango de muchos pecados mortales?

Pues bien, esto quiere decir que podéis estar segura de que Dios os ha dado un verdadero arrepentimiento y de que vuestra voluntad está ahora tan lejos del pecado como entonces estaba engolfada en él. Sin un verdadero arrepentimiento, sin un cambio de vuestra voluntad, ¿cómo hubierais podido dejar aquellos pecados y enmendaros? ¿Cómo podríais estar ahora resuelta a sufrir un diluvio de males antes que ofender a Dios? Ved, pues, cómo también esta es una vana aprensión. Doleos siempre de los pecados de la vida pasada, porque así estaréis más lejos de recaer: pero entre tanto habéis de vivir tranquila, pues aquellas antiguas manchas ya están borradas y vuestra alma de todo punto purificada en la sangre del Redentor.

¡Ay qué cosas se ven en este mundo! ¡Qué infelicidad! Los que viven en pecado

mortal meses y años sin pensar en ponerse bien con Dios, nada temen; y por el contrario, los que sinceramente aman al Señor, debiendo vivir sumamente tranquilos, muchas veces son víctimas de angustiosas ansiedades. Da compasión el ver ciertas almas que no solo lo sacrificarían todo antes que cometer un pecado mortal, sino también darían la vida antes que tiznarse con un solo pecado venial plenamente advertido, el verlas, digo, en continuas angustias y casi sin un instante de paz por el temor de estar en desgracia de Dios. ¿Cómo es posible que tengáis en vuestra casa cuervos y gavilanes, si estáis siempre echando de ella hasta las moscas? Dejad, pues, tan vanos temores, si la conciencia no os remuerde de pecados mortales ciertos, de los cuales aun no os hayáis arrepentido; creedme, los habéis de despreciar como instigaciones del demonio, que procuran turbaros y hacer de vuestro corazón un mar de tempestades. Y os digo pecados mortales ciertos, porque los pecados mortales dudosos en vos que teméis al Señor, no son más que escrúpulos, como más de una vez ya os lo ha dicho vuestro Director espiritual, a quien debéis obedecer en todo y por todo con la mayor sencillez. (3)

*VIII

NI EL CONTINUO PELIGRO DE PODER CAER EN PECADO MORTAL NOS DEBE QUITAR LA PAZ DEL CORAZÓN.

Con frecuencia angustia a algunas almas devotas el temor de poder caer en un momento a otro en pecado mortal, particularmente cuando sienten fuertes y continuas tentaciones. ¿De qué sirve, dirá alguna de ellas, el que yo ahora esté en gracia de Dios, si en un momento puedo perderla como la han perdido hombres de eminente virtud y caer en el infierno con solo cometer un pecado mortal, que por desgracia es muy fácil cometerlo con tantas como son las violentas tentaciones con que de continuo he de luchar?

No os asuste ese fantasma; no perdáis la paz por ese temor vano. ¿Creéis que se caiga en pecado mortal y luego en el infierno por *desgracia*, como alguna vez sucede a los viajeros que, caminando en noche oscura caen en los fosos que hay en sendas no conocidas? Para caer en pecado mortal es necesario tener antes voluntad de quererlo cometer; vos hasta ahora no tenéis esta mala voluntad, y hasta que la tengáis no podéis pecar mortalmente. Replicáis que de un momento a otro podéis tenerla, y por consiguiente de un momento a otro pecar mortalmente. Esto es innegable: de un momento a otro podemos tener mala, muy mala voluntad. ¿Pero habéis reflexionado a quién tenemos en nuestro favor y en nuestro auxilio para que esta mala voluntad no nos precipite en el pecado? ¿No es Dios, no es Dios mismo nuestro soberano protector? ¿No es aquel Dios que es el amante de las almas (*qui amas animas. Sap. 11 v. 27*) que cuida de nosotros más que hombre alguno de las pupilas de sus ojos? Asegurada de su protección, ¿cómo os quitan la paz del alma tantos temores? Decís que alguna vez también han caído los santos, no obstante que los asistía la gracia del Señor, y que más fácilmente caeréis vos. Pero yo os respondo que los verdaderos santos que han caído, son muchos menos de los que pensáis (4); antes bien, aun prescindiendo de los grandes santos y fijándose solo en las almas que están muy resueltas a evitar el pecado y procuran vivir para Dios, saben por su práctica los Directores de conciencias que jamás suelen tener la desgracia de caer en pecado mortal; y no deja de ser considerable el número de las que nunca han cometido ningún pecado mortal, siendo mayor el de aquellas, que aunque lo hayan cometido después de su conversión, en muchos y muchísimos años no han vuelto a mancharse con ninguna culpa grave. ¡Ah, no creáis que todo el mundo sea del demonio! La gracia del Salvador obra admirablemente en

innumerables almas, en todas las que le corresponden con humildad; su muchedumbre junto con la que ya hay de santos en el cielo, debe formar aquella gran multitud que, según San Juan Evangelista que la vio, no se puede contar (*turbam magnam quam dinumerare nemo poterat. Ap. 7. v. 39*). Gentes hay que, poseídas de tristeza por lo mucho malo que en verdad se ve, déjense dominar de cierta melancolía que les pinta las cosas de tal modo, que se les figura que en el mundo no hay de bueno nada más que ellas, lo cual ya sucedió hasta al santo profeta Elías, que llegó a creer que él era en Israel el único verdadero adorador de Dios. No os dejéis sorprender por esta melancólica extravagancia, que no sirve más que para estrechar el corazón y haceros prorrumpir en inútiles lamentos. Es verdad que en el mundo hay muchos malos, y si se quiere, más que buenos; pero también es indudable que hay un gran número de buenos, un número de buenos, un número crecidísimo y sumamente consolador que hace las delicias del Señor y es obra de su victoriosa gracia. Son innumerables las almas que, viviendo cristianamente jamás caen en pecado mortal. Si queréis podéis contaros entre ellas, y es positivo que lo queréis, pues me asegura de ello el temor que mostráis de no hallaros en tan dichosa compañía. Confiad, confiad sobremanera, y no os angustiéis por las fuertes y frecuentísimas tentaciones que os atormentan; es claro que Dios las permite para luego poder coronaros en el cielo con mayor gloria. No se pueden lograr grandes victorias sino en los grandes combates, y a las grandes victorias se dan las grandes coronas: a las almas más tentadas tenían los santos más cariño y esperaban muchísimo de ellas. "Sin embargo, me diréis, una u otra vez temo quedar vencida y caer". Confiad firmemente que no caeréis, y yo por vos confío firmemente que si el Señor proveyese que estabais para caer, os enviaría la muerte antes de permitir vuestra caída. Ve que preferís la muerte a la desgracia de ofenderle. ¿Y sospecháis que no quiera concederos siquiera esta gracia de morir antes que ofenderle gravemente? Haced al Señor la siguiente protesta: "no tengo en este mundo más temor que el de ofenderos y venir a ser vuestra enemiga; si prevéis que me ha de suceder semejante desventura, enviadme antes la muerte; esta que es el mal más aborrecido entre todos los males de la tierra, será para mí el mayor bien y la gracia más apetecible". Y vivid tranquila y segurísima, confiada en la bondad del Señor. Añadís que os espanta la idea de los santos que han sucumbido a sus tentaciones; y yo os respondo que los santos que han sucumbido, lejos de causaros espanto, más bien os deben hacer más constante en la práctica y en los sentimientos de humildad, porque aquellos santos que han caído, como observa San Alfonso (Práctica del amor de Jesucristo, cap. 10), han caído cabalmente porque antes se dejaron sorprender por la soberbia, se enamoraron de sí mismos y a esto se siguió su mísera ruina; por tanto la memoria de tales santos os ha de hacer muy cauta y muy humilde, pero no produciros espanto, pues la humildad para todo es buena y para nada el pavor. Humillaos continua y profundamente delante de Dios, que en esto se halla una seguridad infalible. Pero no os turbéis si os sentís tentada y por muy fuertes que sean vuestras tentaciones de soberbia; porque si el demonio de la soberbia llama continuamente a las puertas de vuestro corazón, su importunidad manifiesta que hasta ahora no ha penetrado en él. Orad; oración y tranquilidad os encargo y Dios no permitirá que entre.

*IX

EL SANTO TEMOR DE DIOS NOS DEBE INSPIRAR GRAN CONFIANZA

¿Por qué el Señor nos inspira los sentimientos de su santo temor? ¿Decidme por qué motivo nos concede la gracia de que temamos sus juicios y sus castigos? ¿Habéis

reflexionado alguna vez acerca de esto? No hay que dudarlo; nos inspira los sentimientos de su santo temor para que evitemos el pecado, para que nos arrepintamos de él si lo hemos cometido; para que no caigamos bajo el peso de sus severos juicios, para que nos libremos de los castigos del pecado: no hay que dudarlo, quiere que le temamos para no verse en la dura necesidad de castigarnos. Luego nos da los sentimientos de su santo temor, no para hacernos experimentar los efectos de su justicia, sino, por el contrario, para conducirnos al reino de su misericordia. Si esto es así, como ciertamente lo es ¿quién no ve que el mismo temor de Dios nos debe inspirar gran confianza no solo la debe inspirar a los justos, sino también a los pecadores por muy cargados que estén de iniquidad? Los sentimientos del santo temor de Dios, son la prenda de la misericordia que con nosotros quiere tener. Si por nuestros pecados ya no quisiese apiadarse de nosotros, tampoco nos daría la gracia de temerle, porque esta gracia va siempre dirigida a la consecución de la vida eterna. De aquí habéis de sacar que cuando sintáis el temor de Dios, de sus juicios y de sus castigos, estos mismos sentimientos os deben asegurar de que el Altísimo os reserva, en vez de los rigores de su justicia, los más dulces carismas de su misericordia (5).

Por tanto, aunque no fueseis un alma piadosa y devota, y por el contrario hubiese en vos más cieno de pecados que todo en un camino donde acaban de caer inmensos aguaceros, luego que sintáis en vuestro pecho el aguijón del temor de la muerte, del juicio, del infierno, debéis ensanchar vuestro corazón y ejercitarlo en sentimientos de gran confianza, y digo de gran confianza, porque esta siempre debe sobrepasar al temor ¿Y qué? ¿por ventura no exceden nuestra malicia las misericordias del Señor? Y mientras la voz de nuestras culpas grita venganza y castigo, ¿la voz de la sangre de Jesucristo no grita paz y perdón con infinita más fuerza? Sí, en la benignidad del Señor debemos confiar más de lo que debemos temer su justicia, porque al fin quien nos puede hacer temer es solo nuestra malicia, la cual por grande que sea no es infinita, y por el contrario los que han de hacernos esperar son los merecimientos de Jesucristo, que verdaderamente tienen un valor infinito. Por las indicadas razones habemos de ejercitarnos en los sentimientos de la esperanza mucho más que en los del temor. En efecto, léase la Sagrada Escritura desde el primero hasta el último de sus capítulos, léanse todas las oraciones públicas de la Iglesia, y se verá que para cien sentimientos que inspiran confianza en la divina bondad, acaso se halla uno que excite al temor de su justicia. Tengo esta observación por excelente argumento para conocer que el Señor desea que seamos más confiados que temerosos.

Decidme, finalmente, ¿qué es lo que más deseáis? ¿No es cierto que deseáis ser buena y grata a los divinos ojos? Si un ángel os revelase que Dios está contento con vos y complacido con la limpieza de vuestra alma, ¿no quedaríais satisfecha, no os llamaríais dichosa? Sí, así es, no me lo podéis negar, vuestro más vivo deseo es el ser buena para con Dios. Ea, pues, figuraos que hubiese una hija, que teniendo muchos defectos que disgustasen a su padre, no tuviese más deseo que hacerse buena para agradarle: figuraos también que estuviese en valía del padre mudarle el corazón y hacerla buena a medida de su gusto, y que luego esta hija se le presentase y arrodillándose a sus pies le hablase de esta manera: "Padre mío, veis que soy mala, que os doy muchos disgustos y acibaró vuestro corazón; pero esto es lo que más siento, lo que más me duele en esta vida es el disgustaros. Vos podéis cambiarme el corazón y hacer que sea yo una hija respetuosa, obediente, amante, que en todo y por todo os dé gusto, que este es mi único deseo. Padre mío, yo no os pido más que esta gracia: cambiad de tal suerte mi corazón y mi voluntad, que en adelante podáis estar verdaderamente contento conmigo. Si veis que para cambiarme el corazón y la voluntad es necesario que me impongáis cualquier castigo, castigadme enhorabuena como mejor os parezca, pues yo a todo me someto con tal que no os ocasione ya más disgustos y viva solo para agradaros". Figuraos que tal

hija hablase de esta manera a tal padre. ¿Sería posible que su padre no le concediese la gracia que le pedía? Es imposible que se la negara; el corazón del padre se enterneciera extraordinariamente, y la hija sin duda alguna tendría el consuelo de ser oída y de verse mudada y convertida de mala en buena, de modo que en todo y por todo agrada a su padre. Pero no hay sobre la tierra un padre que pueda cambiar el corazón a sus hijos; en el cielo sí lo tenemos. Sí, alma devota, pero acaso demasiado temerosa y pusilánime, en el cielo tenéis este padre; repetidle al pie de la letra la súplica de aquella hija, y no creáis que tenga un corazón tan duro que pueda desoírlo. Para más asegurar su consecución haced que esta misma gracia solicite para ti la Madre que también tenéis en el cielo, la Virgen María que con vuestro Padre divino puede tanto y es tan amada de él que toda la corte celestial ni es tan amada ni puede tanto; y confiad, confiad, os repito, confiad con tranquila seguridad.

CONCLUSIÓN

Concebís cuánto importa que vuestro temor tenga las condiciones susodichas, para que no os quite la paz del corazón y esté lleno de confianza? ¡Dichosa si lo llegáis a comprender! Haréis en el camino de la perfección cristiana grandes y seguros progresos, porque evitaréis enredaros en los lazos que tiende el demonio a las almas piadosas. Este gran maestro de todo engaño y fraude ve las almas como divididas en dos bandos: unas siguiendo las banderas del mundo henchidas de la más necia presunción, despreciando gravísimos peligros y corriendo sin freno por las sendas de la condenación eterna; otras por el contrario en pos de la cruz del Redentor, humildes y desconfiadas de sí mismas, cautas y recelosas, siempre temiendo desviarse del camino del cielo. A las primeras que se van precipitando en el abismo de su perdición, convendría aterrarlas saludablemente para que retrocediesen y no pudiesen en medio de su infausto descuido; a las otras que van subiendo al santo monte de la salvación, convendría alentarlas y reanimarlas para que no se cansaran en su buen camino. Lo sabe el maligno demonio y hace todo lo contrario porque está en sus intereses: aplaude y aguijonea a las infelices que corren al precipicio, y sin pensarlo caen en el abismo de muerte eterna: espanta y aterra para que se detengan o vuelvan atrás a las que van subiendo al reino de la vida eterna. ¡Maligno demonio que se maneja con artificio tal que muchas veces ni unas ni otras echan de ver su pérfido engaño! A las que deberían estar temblando por hallarse en guerra con todo un Dios, les inspira presunción, y procura hacer desconfiadas a las que solo deberían esperar porque son amigas de Dios y constantes en la práctica de las virtudes cristianas! ¡Y es posible que este horroroso engaño, por otra parte tan claro y manifiesto, no sea conocido! ¡Ah, conocedlo vos y burlaos de la arteria de vuestro enemigo!

Si os resolvéis a dejar la excesiva solicitud, los desconfiados temores, y las ansiedades que os turban continuamente, y os alentáis sobremanera para volar en alas de la confianza por el camino de la perfección cristiana; he aquí los bienes que os han de venir de esta resolución magnánima.

1º Sentiréis la dulzura del servicio divino y los consuelos de la gracia divina, que os harán cada vez más firme y más constante, accediendo a sus inspiraciones con mayor prontitud y facilidad. "Señor, decía David, yo no solo he andado sino que he corrido por el camino de vuestros mandamientos después que habéis dilatado mi corazón".

2º Frecuentaréis más los santos Sacramentos, recalentando vuestra alma en la divina hoguera de la adorable Eucaristía.

3º Viviréis más desprendida de este mísero mundo porque la segura confianza de

que ha de ser vuestra la gloria eterna, os hará mirar la muerte con la mayor tranquilidad, la muerte que romperá los lazos de vuestro infortunado cautiverio para poner os en posesión del sumo bien y de una dicha sempiterna.

4º Haréis para vuestros prójimos más fácilmente los atraeréis a su bando, porque vuestras máximas nada tendrán de riguroso y de acerbo; serán las suaves máximas del Evangelio, las cuales si no se presentan alteradas, dulcemente se roban los corazones; y viendo la apacible placidez de vuestro espíritu los que por sus desenfadadas pasiones les tienen en continua tempestad, también querrán gustarla renunciando a sus desórdenes. ¡Oh, cuánto daño hacen a la piedad las almas buenas que se dejan agitar de vanos temores y estrechar por angustias a que no habían de dar cabida! Los mundanos se tienen por dichosos por no ajustarse a la ley divina, creyendo equivocadamente, que sin inquietudes, agitaciones y angustias de espíritu no hay verdadera piedad.

5º Os distinguiréis por el ciclo de la salvación de las almas en cualquier estado y condición en que os halléis, porque el alma que está libre de temores y zozobras y corre confiadamente por el camino del cielo, no se contenta con asegurar su propia salvación, sino que también se empeña en conseguir la de otros, hallando inefable gusto en llevar corazones a Dios. Las almas agitadas por importunos temores que siempre quisieran asegurarse y siempre se hallan en mayor incertidumbre, no tienen tiempo ni gana de pensar en el bien ajeno, cayendo por lo mismo en una especie de egoísmo espiritual que casi les hace olvidarse de la salvación de las almas, y viendo por doquiera peligros y dificultades creen que no es posible atender a la santificación ajena sin menoscabo de la propia. ¡Oh, cuántas almas teniendo medios para cooperar a aquella obra divina, divinísima como la llama San Dionisio, pierden miserablemente su tiempo y su talento! ¿y en qué los emplean? En atormentarse con exámenes de conciencia que nunca tienen término, con aprensiones de pecados que jamás han cometido, con miedos de castigos que jamás han merecido, o si los merecieron, ya no debían temerlos confiando en que la divina misericordia les habrá perdonado las culpas que provocaran la ira de la inmortal justicia.

¡Ah, no seáis del número de estos infelices; levantaos de ese pantano de miserias espirituales si en él estáis postrada! ¿No veis cuánto bien puede hacerse a las almas redimidas con la misma sangre divina que os redimió? Podéis corregir a las pecadoras, podéis amonestar a las desviadas, podéis dirigir y aconsejar a las que vacilan, podéis confortar a las débiles, enfervorizar a las tibias; y si otra cosa no podéis ni sabéis, bien podéis orar por todas. Sí, orar y aplicar misas y comuniones por la conversión de los pecadores y de los infieles, a fin de que todas las almas se conviertan a Dios y hallen en él la salud y la vida. ¿Pero cómo tendréis celo para tanto bien, cómo podíais obrar, si en vuestro corazón no hay paz, tranquilidad y confianza? (6)

Ea, pues, la paz de Dios, cuya preciosidad no puede comprenderse, defienda vuestro corazón y vuestra mente en Jesucristo. (A los Filip., c. 4, v 7.) "La paz de Cristo triunfe y se exalte aquí". (A los Colocenses, c. 4, v. 15) "Alegraos continuamente en el Señor, lo repito, alegraos". (A los Fiip. c. 4, v. 4.) "Servid al Señor con alegría". (A los Filip. c. 4, v. 4.) "Servid al Señor con alegría" (Salmo 99, v. 1.º) ¡Oh cuán grandes bienes sacaréis de la paz, de la alegría espiritual de vuestro corazón! No, no os los podéis figurar si aun no los disfrutáis. Pedidla a Dios continuamente para vos y para todas las almas devotas, e interponiendo la mediación de María omnipotente por gracia jamás os canséis de repetirle: *Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros. Causa nostrae letitiae, ora pro nobis.*

NOTAS DEL APÉNDICE DEL

ALIENTO DEL ALMA DEVOTA

1.-

No quisiera que alguno creyese que la consideración de los beneficios divinos era poco a propósito para encender en nuestros corazones el perfecto amor de Dios, juzgando que de ella no nacen más que sentimientos de aquel amor divino que los teólogos llaman de concupiscencia o sea de esperanza; pues considerando cuán benéfico es Dios para con sus criaturas, mucho mejor se viene en conocimiento de cuán bueno es en sí mismo; y de aquí es que al amor de esperanza por el cual amamos a Dios como bueno para nosotros, síguese inmediatamente el perfecto amor, llamado de amistad, con que amamos a Dios como infinitamente bueno en sí mismo, que forma la perfecta caridad. Esta es doctrina de Santo Tomás; y San Ignacio en el libro de sus ejercicios para excitar al alma al perfecto amor de Dios, en la consideración que pone a este fin, se sirve de la memoria de los beneficios divinos como del medio más eficaz para encender la perfecta caridad en nuestros corazones.

Y esta es la razón porque exhorto yo a todas las almas devotas a emplearse en esta consideración con preferencia a todas las demás; contiene esta la memoria de la creación, de la conservación, de la vocación a la fe, de la pasión y muerte de nuestro Salvador, de la institución de los santos sacramentos, etc., etc.; memorias que por sí mismas son capaces de inspirar la gratitud, la esperanza, el consuelo y la caridad más perfecta.

2.º

Es gravísima equivocación creer que sea muy difícil el hacer un acto de caridad verdaderamente perfecta contrición, y por consecuencia un acto de perfecta contrición. Algunos dicen que son muy pocos los que saben hacerlo bien y en especial entre la gente rústica. Pero este es un error. Todos los teólogos convienen en que desde el uso de la razón hasta el fin de la vida, estamos obligados todos los cristianos, bajo pecado mortal, a hacer de cuando en cuando actos de amor de Dios, actos de amor de *amistad*, y por tanto actos de perfecto amor de Dios. Inocencio XI fulminó excomunión contra los que decían, que no había una obligación rigurosa de hacer un acto de amor de Dios cada cinco años; y muchos teólogos con San Alfonso de Liguori enseñan, que a lo menos una vez al mes estamos rigurosamente obligados a hacerlo (vide lib.2, n.6, op. mor.) Luego si todo cristiano está obligado a hacer actos de amor de Dios con tanta frecuencia, ¿será creíble que sea tan difícil el saberlos hacer? Si así fuese, sería preciso convenir en que Dios, que nada tiene de tirano, había impuesto un precepto impracticable para la mayor parte de los hombres, lo cual es manifiesto absurdo. ¿No son todos los preceptos de la ley de Dios de fácil cumplimiento para quien tiene buena voluntad, y por lo mismo está auxiliado por la gracia? Mueven a risa los que piensan que el perfecto amor de Dios ha de ser cosa difícil para ignorantes. ¿Es acaso una argumentación teológica que requiera un buen fondo de dialéctica y una erudición escogida, o estudios de Sagrada Escritura, Concilios y Santos Padres? ¡Desdichada condición la de las gentes rústicas e idiotas, si para ellas había de ser más difícil el gran precepto del amor de Dios! ¿No es el acto del amor de Dios la obra más noble de la gracia del Salvador? ¿Y qué necesidad tiene la gracia de ciencia o de erudición para obrar? ¿No ilumina por sí misma nuestro entendimiento, no mueve por sí misma nuestra voluntad? Sería preciso ignorar de todo punto lo que enseña la sagrada Teología para tolerar una preocupación tan irracional cual esta, que para los indoctos hace más difícil que para los sabios el dulcísimo amor de Dios. ¿Cuántas veces por el contrario no hincha la ciencia ensoberbeciéndose quien la tiene, e impidiéndose por

este medio las operaciones de la gracia que edifica sobre el cimiento de la humildad? ¡Oh, qué de veces las almas rústicas e idiotas, ofreciendo al Señor un corazón humilde y sencillo, se hallan mejor dispuestas a recibir las divinas inspiraciones! ¿Y no se ven muchas mujeres y campesinos ignorantísimos, que arden en amor de Dios más que muchos doctores y eruditos? En San Lucas leemos, que mientras los doctores de la ley decían que Jesús arrojaba los demonios con el poder de Belcebut, príncipe de los demonios, una mujercilla del pueblo exclamaba: dichoso el vientre que te llevó y dichosos los pechos que le lactaron. Concluyamos, pues, que con el auxilio de la gracia divina es para todos muy fácil el hacer actos de amor de Dios, y por consecuencia el acto de contrición que virtualmente está incluido en aquél.

Creen algunos que sea difícil el hacer actos de amor de Dios y de contrición, suponiendo que es necesario excitarlos y formarlos con muchas consideraciones acerca de la bondad divina. Tales consideraciones son ciertamente útiles y por lo regular necesarias a los que están en pecado mortal, como que se hallan privados del hábito del amor de Dios, porque teniendo su voluntad contraria a Dios es menester que hagan un esfuerzo para hacerla aborrecer el pecado; pero este no es necesario al alma que está en gracia, a la cual como que tiene el hábito de la caridad, le es sumamente fácil que aquel hábito pase a ser acto.

¿Es acaso difícil que un blasfemo profiera una blasfemia, o que un ladrón haga un hurto? No por cierto, pues aquél tiene el hábito de blasfemar y este el de hurtar; lo mismo ha de decirse de quien tenga el hábito del amor de Dios con respecto a la facilidad de ejercitarse en sus actos, supuesto siempre el auxilio de la gracia que el Señor a nadie niega. Nótese además que ni aun a quien está en pecado mortal es muy difícil el excitar el amor de Dios en su corazón con las consideraciones sobre la divina bondad, las cuales se requieren ordinariamente en este caso, porque la gracia de Dios las sugiere y las da una eficacia activa al par que sobremanera suave.

3º

No he podido menos de dilatarme algún poco en este punto importantísimo, deseando persuadir a las almas timoratas que deben vivir tranquilamente seguras de la amistad de Dios; desechando esa tan maligna como perturbadora duda de tener en algún modo pecados mortales ocultos. Es punto importantísimo, porque semejante duda que yo llamo insensata, impide los vuelos de la caridad, entibia en el ejercicio de las buenas obras, apaga los deseos del cielo y nos ata a la tierra. En efecto, ¿cómo podría lanzarse a Dios mi corazón con afectos de amor vivos y ardorosos, si al mismo tiempo le estuviera punzando y amargando aquella negra duda y diciéndole: mira, acaso son vanos esos actos de amor; tal vez son mentirosos, pues en vez de la caridad son que juzgas elevarte a Dios, acaso te inclinas hacia el infierno bajo el peso del pecado mortal? Si esto oyese, ¿no sentiría que una mano de hielo me apretaba el corazón y no caería en desaliento profundo y en triste consternación? ¿Y si me ocupara en obras de religión, de celo, de caridad, cuán frío andaría en ellas, cuán desalentado con aquella reflexión de que acaso, estando mi alma privada de la gracia santificante, todas aquellas obras buenas eran obras muertas delante de Dios, de modo que para el cielo nada podía adelantar con ellas? ¿Y sería posible que en tal estado deseara el fin de esta vida de miseria y pecado por el anhelo de la gloria eterna? ¡Ah, diría, aunque yo no reconozca en mi graves culpas mortales que me impidan salvarme, acaso las tenga, y en la hora de mi muerte, cuando creía unirme a mi Dios, de repente me vea entre las garras de mi sempiterno enemigo! ¡Oh almas timoratas! Aborreced el pecado sobre todos los males; decid con frecuencia a vuestro Dios que le amáis sobre todas las cosas por su bondad indinita; pero no queráis sofocar con dudas perturbadoras aquella voz, que es del espíritu del Señor, que por su

misericordia habita en vuestros corazones y os asegura que sois hijas de Dios. *Ipse spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei.* (ad. Rom.8.) De la segura confianza que os inspire esta voz, nacerá aquella alegría interior que constituya vuestra verdadera fortaleza, la alegría del Señor. *Gaudium etenim Demini est fortitudo nostra* (2. Esd. 8 v 10.) Quisieran algunos tener a las almas en una ansiedad perpetua y las dudas más angustiosas bajo el pretexto de mantenerlas en humildad; pero digamos de estos *ignorant et errant*, porque no saben distinguir lo que contribuye a la verdadera humildad de lo que conduce a la desconfianza y acaso a la desesperación. El doctísimo teólogo Scavini no duda enseñar que el pecador arrepentido puede estar tan cierto de que le han sido perdonados sus pecados como de haberlos cometido. (De Sac. Poenit. det abs. vir. ettie)

4.^a

No son tantos sino poquísimos los que se hayan condenado después de una vida admirada como santa y penitente (Tesoros de Conf., p2, c.8,3,des.)

5^a

Ved con cuánta fuerza se expresa San Bernardo acerca de esta verdad. *Ipse timor firmissima quedam est, et efficax materia spei; siquidem maximum quoddam Dei donam est timor iste, el ex perceptione presentium firma est expectatio futurorum* San Bernapud Scavini, de spei cer., art. 1.

6^a

-Si a alguno le pareciese que a esta última ventaja no debían aspirar sino los hombres apostólicos que por su ministerio están obligados a ocuparse en la salud espiritual de sus prójimos: perdóneseme si omitiendo la respuesta breve y directa que pudiera darle, contesto indirectamente con un ejemplo: perdóneseme porque es muy edificante. Santa María Magdalena de Pazzis no tenía misión apostólica; era una virgen consagrada a la tranquila contemplación, encerrada entre las paredes de un monasterio; sin embargo, sería difícil hallar un hombre apostólico que tuviese un celo más ardoroso por la salvación de las almas. Se interesaba viva y muy tiernamente por su bien: le parecía que no amaba nada al Señor, si todo el mundo no le amaba también. Oyendo lo progresos que en su tiempo hacia la fe en las Indias, decía que si hubiese podido ir por todo el mundo a salvar almas sin perjuicio de su vocación, hubiera envidiado sus alas a los pajarillos del aire para volar por toda la tierra. "¡Oh quién me diera (tales son sus tiernas palabras) poder ir hasta las Indias y tomar aquellos niñitos indios e instruirlos en nuestra santa fe, para que Jesús fuese dueño de sus almas y ellas poseyesen a Jesús!". Y luego, hablando de todos los infieles en general: "Si yo pudiese, a todos los cogería y los juntaría en el gremio de nuestra santa madre la Iglesia, y haría que esta los purificase de todas sus infidelidades, y los regenerase haciéndolos sus hijos, y que se los metiese en su amoroso corazón y los alimentase con la leche de sus santos sacramentos. ¡Oh cuán bien los nutriría y lactaria a sus pechos! ¡Oh si yo lo pudiera hacer, con cuánto gusto lo haría! Y considerando el daño que hacían a las almas las tan dilatadas herejías: "¡Ah! decía, sería preciso que nuestras almas fuesen como tortolillas, siempre gemidoras, que continuamente lamentasen la ceguera de los herejes!" Y contemplando, cuánto se había entibiado la fe de los católicos, exclamaba: "Derrámala, Verbo. derrámala viva y ardiente en el corazón de tus fieles recalentada y encendida en la hoguera de tu corazón y de la

caridad infinita, para que la fe se conforme con sus obras y sus obras se conformen con la fe". Y otras veces pidiendo la conversión de los pecadores le decía al Señor con palabras como de fuego, que no la oyese a ella sino los gritos de su sangre divina.

Este ardiente celo de la salvación de las almas quería transfundirlo en todos y así decía continuamente a las monjas que le estaban confiadas, que siempre pidiesen a Dios almas. "Pidámosle tantas, repetía, cuantos pasos damos en el monasterio; pidámosle tantas cuantas palabras pronunciamos en el oficio divino". Semejantes al ardor de su afecto eran sus obras en cuanto lo permita su condición de monja; de modo que el autor de su vida ha podido llenar catorce capítulos con las pruebas o argumentos de su celo por la salvación de las almas: disciplinas, ayunos, vigiliias, prolongadas oraciones, exhortaciones, correcciones, nada, absolutamente nada: se condenaba por meses enteros a las más rígida penitencia por cualquier pecador que se le recomendase.

Este ejemplo dice más que muchas razones que pudieran acumularse, y toda alma verdaderamente devota se persuadirá de que el celo por la salvación del prójimo es una virtud que necesariamente ha de hallarse en quien tenga amor y ternura para con aquella sangre divina con que fue redimido.

ÍNDICE

Dedicatoria a la Santísima Virgen
Prólogo

CAPÍTULO I

- Exacta idea de la santidad cristiana
- II. Lo que se requiere para el cumplimiento de la voluntad de Dios.
- III. Se distinguen dos clases de santidad
- IV. Se demuestra que es verdaderamente santa el alma que está limpia de pecado mortal.
- V. Se explica lo que se exige para conseguir la perfección cristiana.
- VI. Se prueba que todos debemos aspirar a la perfección cristiana.

CAPÍTULO II

- No es muy difícil alcanzar la perfecta unión con la divina voluntad.
- I. Se distinguen dos clases de pecados veniales.
- II. Se designa cuáles sean los pecados veniales que impiden la unión perfecta con la divina voluntad
- III. Se demuestra que no es muy difícil el evitar los pecados veniales.
- IV. Se prueba que en sí mismo es el pecado venial plenamente advertido más fácil de evitarse que el mortal.
- V. Se indica la causa por qué se cae en el pecado venial más fácilmente que en el mortal.
- VI. Se prueba que no es muy difícil el buscar en las cosas indiferentes el mayor gusto de Dios.

CAPÍTULO III

Se desvanecen las objeciones que suelen aducirse contra las doctrinas antecedentes.

I. La práctica de los consejos evangélicos no es necesaria para la perfección cristiana.

II. Para conseguir la perfección cristiana no se requieren extraordinarios dones de gracia.

III. La mayor parte de los hombres han de ser santos solo para si mismos, siendo los menos los que el Señor quiere que lo sean para sí y para sus prójimos.

IV. Se demuestra que no podemos pretender que Dios nos elija para sublimes ejemplares de santidad.

V. Ejemplos de santos que por humildad sentían tener dones extraordinarios.

VI. Concluye la respuesta a la objeción.

VII. Se desvanece la dificultad que se nos presenta por parte de la flaqueza humana para conseguir la perfección.

80 VIII. Se demuestra que de la abnegación necesaria para la perfección cristiana, no se ha de deducir que es muy difícil alcanzarla.

86 IX. Se contesta a la dificultad que se nos podría oponer acerca del empeño con que hemos de buscar en todo el mayor gusto de Dios.

94 X. Se responde a la objeción de que los peligros del mundo, los negocios, etc., puedan impedir la santificación.

97 XI. Se prueba que los negocios, las fatigas, los cuidados de la familia y todas las ocupaciones del propio estado, pueden ser muy útiles para conseguir la perfección cristiana.

101 XII. Se responde a la dificultad que procede de nuestra falta de merecimiento para alcanzar de Dios la gracia de hacernos santos.

CAPÍTULO IV

109 Belleza y utilidad de la perfección cristiana.

109 I. Se demuestra la belleza de la perfección cristiana.

113 II. Demuéstranse las muchas ventajas de la perfección cristiana. 1ª En el testimonio de la buena conciencia.

116 III. 2ª En la mayor seguridad de poseer la gracia de Dios.

122 IV. 3ª En la mayor seguridad de no perder la gracia de Dios.

126 V. 4ª Por la especial predilección de Dios para con las almas que aspiran a la perfección cristiana.

CAPÍTULO V

132 Medios para llegar a la perfección cristiana.

132 I. Se demuestra que el primer medio para alcanzar la perfección es el deseo de conseguirla.

135 II. Este deseo debe ser eficaz y ha de ponerse en ejecución al momento.

139 III. Se demuestra que el no haber cumplido otras veces los buenos propósitos, no nos debe entibiar es este deseo.

144 IV. El otro medio para conseguir la perfección cristiana es tener un buen Director espiritual.

154 V. Se prueba la necesidad de la obediencia al Director espiritual

159 VI. Se demuestra que no es muy difícil tener un buen Director, y que aun cuando no pudiésemos lograr uno muy bueno, Dios suplirla a su insuficiencia.

162 VIII. Cuando es dable elegir se ha de escoger un buen Director: varias advertencias para hacer bien esta elección.

168 VIII. Prototipo de un buen Director.

APÉNDICE

- 175 Idea del santo temor de Dios que debe procurarse el alma devota.
- 179 I. El santo temor de Dios debe ser tranquilo.
- 181 II. Cuando el temor no es tranquilo impide el bien y puede hacer mucho mal.
- 184 III. Medio para conservar la paz del corazón.
- 194 IV. No se debe perder la tranquilidad del corazón por los defectos y ni aun por los pecados en que se cae.
- 196 V. No se debe perder la tranquilidad por la incertidumbre de estar en gracia de Dios.
- 202 VI. Ni se debe perder por la posibilidad de tener algún pecado mortal oculto.
- 210 VII. Ni se debe perder por el temor de no habernos arrepentido bien de los pecados de la vida pasada.
- 215 VIII. Ni el continuo peligro de poder caer en pecado mortal nos debe quitar la paz del corazón.
- 225 IX. El santo temor de Dios nos debe inspirar gran confianza.
- 235 Conclusión.